

APUNTES PARA LA HISTORIA DEL MIR DE CHILE

Andrés Pascal Allende

Nota: Corresponde a las 5 entregas publicadas por la Revista **Punto Final**, en Agosto-noviembre 2000
45 páginas.

ADVERTENCIA NECESARIA DEL AUTOR

Lo que sigue no pretende ser una historia del MIR, una tarea pendiente y muy necesaria, pero que sólo se podría realizar bien como una obra colectiva al igual que lo fue el propio Movimiento. Manuel Cabieses me ha pedido que escriba un artículo para PF con motivo del 35 aniversario de la fundación del MIR... ¡Cómo pasa el tiempo! Trataré de cumplir con su encargo refiriéndome a algunos aspectos del pensamiento y del desempeño político del MIR acerca de los cuales me preguntan a menudo los jóvenes.

Procuraré, dentro de las limitaciones del espacio, situar el relato de esos temas en su contexto histórico concreto que ayude a comprender las razones y subjetividades de nuestro quehacer político. La historia de las luchas populares es como una enorme rueda que avanza en el tiempo con su giro inexorable. Aunque los sujetos y contextos históricos cambien, muchas de las inquietudes revolucionarias vuelven a emerger con nuevos rostros y voces, pero con las mismas demandas de justicia social y de soberanía popular, el mismo ánimo solidario y libertario.

La visión de los temas que trataré es muy personal y parcial, de la cual muchos viejos compañeros de lucha podrán diferir, o encontrar insuficiente. Mi único propósito al entregar estos fragmentos de la experiencia del MIR es que ellos puedan ayudar a la reflexión propia que caracteriza la emergencia de toda generación política. Soy de los que cree que en Chile, y en América Latina, hoy está emergiendo una nueva generación revolucionaria que tiene mucho que decir y hacer.

El MIR, 35 años - Parte I

SURGIMIENTO DEL MIR

Se ha dicho muchas veces que el MIR fue una expresión más de la rebeldía generacional que en los años 60 se extendió por todo el mundo. Esta explicación tiene algo de real, pero es del todo insuficiente pues no explica que en esa década comenzó un proceso mundial de agotamiento del ciclo de expansión capitalista que siguió a la crisis de los años 20-30, a la que estuvieron vinculadas las guerras mundiales y esa gran ola de avance revolucionario de principios del siglo XX. El llamado "Estado benefactor" impulsó una serie de reformas sociales y asumió un papel fuertemente regulador de la economía logrando una bonanza sin precedente que perduró por cerca de tres décadas, hasta que en los 60 se estanca la expansión y a principios de los 70 desemboca abiertamente en una nueva crisis mundial de acumulación capitalista. En los países industrializados

las condiciones de trabajo y de vida de las clases medias y populares empeoraron durante los años 60. En Estados Unidos el descontento social se encauzó en un movimiento juvenil de rebeldía cultural, los hippies, que rechazaron la cultura estandarizada y las formas de vida de la sociedad capitalista norteamericana, reclamaron la paz frente al peligro nuclear y la agresividad imperialista, y propiciaron la creación de comunidades alternativas donde se vivía en fraternidad y con sencillez casi artesanal. En Europa se extendieron los paros obreros que confluyeron con un movimiento de rebeldía estudiantil e intelectual de fuerte contenido libertario. En Asia y Africa arreció una nueva ola de luchas anticoloniales, lo que también alentó movimientos de liberación en el Cercano Oriente y la misma Europa (palestinos, kurdos, vascos, irlandeses, etc.), así como el movimiento afroamericano y de los derechos civiles en Estados Unidos. En América Latina, la Revolución Cubana fortaleció el sentimiento antiimperialista, se multiplicó la insurgencia armada, la movilización popular y revolucionaria se extendió por todo el continente. A pesar que también se vivían crecientes contradicciones en el campo socialista (independentismo yugoslavo, conflicto chino-soviético, primavera de Praga, etc.), éste aparecía como una alternativa socialista fuerte ante un capitalismo en crisis.

Chile no escapó a este proceso mundial, pero aquí se expresó de acuerdo a las particularidades de nuestro capitalismo dependiente. También nuestro país había vivido en los años 20 y 30 un período de crisis económica, social y política del viejo orden oligárquico, que se manifestó en una radical lucha social, sangrientas represiones, la irrupción de caudillos civiles y uniformados, una insurrección de marineros y soldados, repetidas juntas militares, una efímera República Socialista, milicias fascistas, conservadoras y socialistas. Un extendido período de anarquía que los sectores oligárquicos y sus asociados del norte pudieron superar definitivamente cuando, con el concurso del Frente Popular (participación de socialistas y comunistas), establecieron un nuevo pacto histórico de concertación de clases a fines de la década del 30. Las empresas norteamericanas siguieron beneficiándose con las minas de cobre y su predominio comercial, los terratenientes con sus haciendas, los empresarios criollos fueron favorecidos con una política de fomento de la sustitución de importaciones, las clases medias profesionales fortalecieron sus posiciones en la burocracia estatal y el sistema político, y hasta sectores obreros sindicalizados mejoraron sus condiciones laborales y de consumo. Se lograron avances importantes en la extensión de la educación, la salud y la seguridad social respaldadas por el Estado. La institucionalidad democrática representativa burguesa se consolidó y los militares volvieron a sus cuarteles perdonándoseles (como siempre) sus crímenes represivos de la etapa anterior. Todos contentos, menos los inquilinos urbanos, los trabajadores agrícolas, los pequeños mineros, los obreros no sindicalizados, los mapuche, los artesanos y otros sectores de pobres del campo y la ciudad que (como también siempre ocurre) quedaron excluidos del histórico acuerdo.

Aunque el movimiento popular y los partidos tradicionales de la Izquierda chilena surgieron a principios del siglo XX con un fuerte espíritu libertario, de autonomía y rebeldía frente al orden capitalista vigente, al optar a fines de la década del 30 por la política de los Frentes Populares, la Izquierda desechó el camino de la insurgencia popular y siguió el camino de la concertación de clases, privilegiando la actividad parlamentaria y electoral. Pasaron a visualizar el socialismo como una meta lejana, la cual se propusieron alcanzar a través de una revolución por etapas. La primera etapa era la alianza de la clase obrera y las clases medias con una supuesta burguesía progresista, nacionalista y democrática. Esta

alianza, expresada en el Frente Popular que accedió al gobierno en 1938 con Pedro Aguirre Cerda del Partido Radical como presidente, llevaría a cabo las tareas de liberación antiimperialista a través de un desarrollo industrial nacional independiente (modernización productiva), de la profundización democrática (democracia parlamentaria, sistema de partidos) y del progreso social (sindicalización, salud, educación, seguridad social, libertad de prensa, etc), sentando así las bases históricas para avanzar en un proceso legal y pacífico de reformas a la segunda etapa, la futura construcción de una sociedad socialista. Una década más tarde el Partido Comunista fue puesto en la ilegalidad (?Ley Maldita?) por la supuesta burguesía progresista, nacional y democrática. El Partido Socialista se dividió, pasando un sector a la oposición, y otro al gobierno ibañista. A pesar de ello la Izquierda continuó sosteniendo la misma concepción programática reformista y la misma estrategia etapista y legalista. Se había formado una generación de políticos institucionales de Izquierda, que aunque pudieran tener una genuina preocupación por los intereses de los sectores populares, no estaban dispuestos a romper con el sistema del cuoteo de prebendas estatales, de regateos parlamentarios, de partidos-clientelas, de burocracias sindicales, representación electoralista, etc.

En la década del 50 el modelo económico comenzó a estancarse, se redujo el proteccionismo a la producción nacional y se acentuó la dependencia externa comercial y financiera, el predominio de la burguesía monopólica aliada al capital norteamericano se fortaleció, la concentración de la riqueza se aceleró y el gasto público social disminuyó. La inflación golpeó los bolsillos populares, la desocupación aumentó, en las ciudades se extendieron los barrios de viviendas precarias donde vinieron a cobijarse los que huían de las pésimas condiciones de vida existentes en los latifundios, las reducciones mapuches y las marginadas áreas de pequeños agricultores. El descontento social creció y se produjeron explosiones de protesta, huelgas, ocupaciones de sitios y otras expresiones de agitación popular algunas de ellas alentadas por la Izquierda institucional como formas de presión-negociación y de acumulación de fuerza electoral y parlamentaria. Nuevamente los grupos gobernantes recurrieron a las Fuerzas Armadas y la policía para reprimir las movilizaciones de masas, al tiempo de generar engañosas esperanzas en caudillos populistas (Ibáñez, 1952) y supuestamente apolíticos (Jorge Alessandri, 1958), similar al mercadeo de ilusiones que la derecha ofrece actualmente, pero en un solo paquete (Lavín). El descontento y el deseo de cambio se extendió a amplios sectores de la población, lo que permitió a Salvador Allende, líder de la Izquierda tradicional agrupada en el FRAP, constituirse en una opción real de gobierno: en las elecciones presidenciales de 1960 perdió por sólo 30 mil votos. Para cerrarle el paso a Allende los sectores políticos conservadores se alinearon en 1964 tras la candidatura del demócrata cristiano Eduardo Frei Montalva quien, con un activo apoyo de los norteamericanos, propuso un paquete de reformas que pretendía reactivar el proceso de acumulación monopólica mediante la atracción de nuevas inversiones externas y la renegociación de las formas de dependencia, la modernización tecnológica, la eliminación del latifundio más atrasado y el aumento de la productividad agrícola, la expansión del mercado interno, y medidas sociales que favorecieran la creación de una amplia clientela electoral en sectores medios y populares (asentamientos campesinos, programas de vivienda, salud, educación, etc.) que pusiera a raya a la Izquierda. La derrota de Allende en las elecciones presidenciales de 1964 y las expectativas que despertó la “Revolución en Libertad” ofrecida por la Democracia Cristiana, produjeron el repliegue y el desconcierto en la Izquierda, afianzando en algunos sectores de ella la convicción de que había que avanzar por un camino de ruptura. Por cerca de

tres décadas diversos dirigentes y militantes habían fracasado en sus intentos de levantar políticas clasistas y revolucionarias desde el interior de los Partidos Comunista y Socialista y de las organizaciones sindicales, terminando absorbidos por el colaboracionismo reformista, o bien marginados y aislados políticamente. En los sectores críticos tomó fuerza la idea de unirse para constituir una vanguardia revolucionaria que disputara al reformismo la conducción del descontento popular.

Fue en este contexto histórico que surgió el MIR. Fue el resultado de un proceso de confluencia entre dos generaciones. La generación de viejos dirigentes y cuadros que habían roto con la Izquierda tradicional algunos en los años 30, otros en momentos posteriores, y que se expresaban en pequeños grupos políticos herederos de antiguas corrientes anarquistas y troskistas, dirigentes sindicales clasistas encabezados por el legendario líder cristiano Clotario Blest, y sucesivos desprendimientos de los Partidos Comunista y Socialista. La nueva generación estaba constituida fundamentalmente por estudiantes que habíamos roto recientemente con las Juventudes Socialistas.

El líder de este grupo era Miguel Enríquez, entonces estudiante de medicina de la Universidad de Concepción, que brillaba por su inteligencia, su carisma y empuje político. En este grupo destacaban también Bautista Van Schouwen, Edgardo Enríquez, Sergio Pérez, Ricardo Ruz y otros estudiantes venidos de las Juventudes Comunistas, como Luciano Cruz y Sergio Zorrilla. En un local de la Federación del Cuero y el Calzado, ubicado en la calle San Francisco de la capital, se reunió el 14 y 15 de agosto de 1965 el congreso constituyente. El MIR nació como una agrupación pequeña. No creo que alcanzáramos a reunir medio millar de militantes. Pero la importancia de la fundación del MIR no estuvo en el número, sino en el hecho de que logró dar respuesta a la necesidad histórica de una propuesta revolucionaria coherente y fue el primer paso de una dinámica de confluencia política que perduró y se extendió.

LA CONCEPCION POLITICA REVOLUCIONARIA DEL MIR

La nueva organización levantó una concepción programática y estratégica revolucionaria que se diferenció radicalmente de las concepciones vigentes en la Izquierda tradicional. Se caracterizó a Chile como "un país semicolonial, de desarrollo capitalista atrasado, desigual y combinado", lo que más adelante se enriqueció con la concepción del "capitalismo dependiente". Se constató que la inexistencia de una burguesía nacional progresista hacía recaer en la alianza de los obreros, los campesinos y los sectores medios empobrecidos la lucha por las tareas democráticas, la reforma agraria y los objetivos antiimperialistas, para avanzar en un proceso ininterrumpido y simultáneo en las tareas socialistas de la revolución. Se esclarecía que este programa sólo podría realizarse derrocando el gobierno de la burguesía, liquidando su aparato estatal y represivo, y reemplazando el poder burgués por una democracia proletaria directa sustentada en los órganos de poder y las milicias armadas de obreros y campesinos. Se reiteró la necesidad de construir una vanguardia revolucionaria que condujera la lucha, la que se concibió como un partido marxista-leninista organizado según los principios del centralismo democrático. El congreso aprobó una tesis político-militar que reivindicaba las formas armadas e insurreccionales como un camino de lucha necesario para derrocar el poder burgués. Finalmente, señaló el carácter internacional de los procesos revolucionarios.

La suposición de que el MIR surgió como una imitación de la Revolución Cubana es un error. Desde luego que la victoria de los barbudos cubanos nos remeció a

todos porque nos demostró que también en América Latina se podía triunfar en una lucha insurgente contra la burguesía y el imperialismo, conquistar el poder y construir el socialismo. Debemos recordar que en ese momento la orientación imperante en la Izquierda tradicional latinoamericana era la vía pacífica electoral que propugnaba un acuerdo progresista con la burguesía, relegando el socialismo a un futuro muy distante. Con el triunfo cubano la revolución en América Latina dejaba de ser una utopía lejana, se volvía una tarea urgente, una posibilidad presente. Nos ratificaba que el camino revolucionario no tenía su eje en la lucha política institucional, sino en una acumulación de fuerza social, política y militar enfrentada radicalmente al orden oligárquico. Ello entroncaba con las tradiciones revolucionarias marxistas, pero también con una percepción de la historia y la lucha popular en nuestro país. De la fusión de estas dos raíces de pensamiento se formó la orientación fundamental de la concepción revolucionaria mirista.

Yo conocí a Miguel Enríquez el año 1964. Con Edgardo, hermano de Miguel, formábamos parte del mismo grupo de jóvenes que rompió con las Juventudes Socialistas, pero nosotros estudiábamos en Santiago. Viajamos a Concepción para sumarnos a los penquistas y realizar juntos el reconocimiento de un área de la Cordillera de Nahuelbuta y un poco de instrucción militar. Edgardo me llevó a dormir a la casa de sus padres. En un cuarto al fondo del patio se ubicaba el centro de la conspiración. Allí estaban Miguel, el Bauchi y otros compañeros discutiendo intensamente sobre el papel de O'Higgins y José Miguel Carrera en las luchas de Independencia. En ese interés por el pasado patrio que nos contagió Miguel a todos, fuimos adquiriendo una percepción de la historia de Chile que difería totalmente de la historia relatada en los textos oficiales. Descubrimos que la conquista española no trajo progreso a los pueblos originarios, sino el genocidio, la esclavización y una guerra de siglos para los que resistieron. Nuestro país se construyó sobre la violencia, el saqueo y la explotación, y el Estado republicano surgido de la Independencia continuó y mantiene hasta hoy su carácter opresivo, racista y discriminador del pueblo mapuche y del pueblo mestizo chileno, que constituyen la mayoría de nuestra población. Las guerras de Independencia que llevaron a los criollos blancos al poder no significaron un cambio en la estructura económica y social de la dominación. Continuó gobernando un estrecho círculo oligárquico formado por los hacendados, los grandes comerciantes y militares. Las corrientes plebeyas que lucharon por la libertad nacional y también por la justicia social, como Manuel Rodríguez en Santiago y el cura Orihuela en Concepción, fueron aplastadas.

Tampoco cambió el carácter dependiente de nuestro país. El dominio español fue reemplazado rápidamente por la hegemonía de los empresarios ingleses y, antes de un siglo, ésta cambió por el predominio del capital norteamericano. La vida republicana chilena ha estado siempre regida por el poder oligárquico nacional y extranjero. Desde luego que esta dominación ha pasado por graves crisis económicas, sociales y políticas. Pero siempre ha logrado dividir a las fuerzas sociales que han amenazado su poder, reprimiendo duramente la rebeldía plebeya y cooptando la oposición burguesa, a sectores medios, e incluso populares. Repetidas guerras civiles, represiones y masacres populares, gobiernos militares, inundan de sangre las páginas de la verdadera historia patria. El mito que nos inculcaron de niños de que Chile era la "Suiza de América", europea, pacífica y respetuosa de la democracia, era una gran mentira mucho antes de la dictadura de Pinochet.

Conocimos otro aspecto fundamental de la historia no escrita en los textos escolares: la historia de los de abajo, de los indios, de los plebeyos, de los rotos y bandidos, de los campesinos, los artesanos, los mineros y obreros, de los pobres de siempre. Es la historia de la soberanía popular nunca alcanzada. Cada vez que la dominación oligárquica se debilita por la crisis económica, o por las contradicciones interburguesas, esta fuerza subterránea de la historia tiende a emerger cuestionando el poder de los de arriba. Esta rebeldía ha tenido distintas formas de expresarse y luchar, distintas banderas y aliados, pero es el mismo sujeto con múltiples rostros, el pueblo oprimido y excluido. Y siempre han sido reprimidos con el concurso de las “gloriosas” Fuerzas Armadas y policiales chilenas.

Esta verdadera historia nos enseñó que en nuestro país han persistido dos prácticas y culturas políticas encontradas. La política cerrada de los de arriba: una política elitista en la que hasta el día de hoy se repiten los mismos apellidos (de cuando en cuando cooptan a unos “medio pelo” para que no les digan que son antidemocráticos). Puede que haya gobierno militar o civil, parlamento elegido o medio designado, elecciones más o menos amplias, pocos o muchos partidos, pero los que gobiernan son los poderes fácticos de siempre: los dueños de la riqueza nacionales y extranjeros; la alta burocracia política que administra y representa al servicio de los anteriores; los dueños de los medios de comunicación y los jerarcas religioso/ideológicos encargados de legitimar, confundir y divertir; y los encargados de castigar con la ley o el arma. Entre ellos practican la política de los acuerdos discretos en los salones del parlamento, de los “lobistas” en los pasillos y oficinas de los ministerios, los liderazgos mediáticos, las campañas electorales financiadas con fondos robados del Estado y los aportes de la empresa privada, los cálculos y manejos orientados desde las elegantes salas de reunión corporativas, los chismes en las recepciones de embajadas (en especial la norteamericana) y los casinos de los altos oficiales.

La otra es la cultura política de los de abajo que se desenvuelve en espacios físicos y sociales totalmente distintos. Hunde sus raíces en una marginalidad que siempre ha acompañado al sistema oligárquico, en la sociabilidad de los excluidos y oprimidos. Son las reducciones indígenas, los rancheríos de afuerinos y bandidos en la época de las haciendas tradicionales, los campamentos mineros, las caletas de pescadores, los conventillos y poblaciones populares, los patios de las industrias y de las cárceles, donde ha persistido una contracultura de desconfianza en la institucionalidad y en los discursos de la política dominante, unas identidades construidas desde el margen, una comprobación centenaria de que los de arriba jamás cambiarán voluntariamente el injusto orden imperante, el ánimo acallado de justicia popular, el sentido básico de solidaridad de los excluidos, y la esperanza escondida de que algún día podrán construir por sí mismos su mundo mejor. Ha sido casi siempre una cultura no reconocida, que se sabe transgresora y se oculta por temor al garrote, pero que puede emerger con insospechada fuerza como lo demuestra la historia de nuestro país. Al igual como Luis Emilio Recabarren lo hizo a principios del siglo XX, el MIR se propuso darle expresión política nacional, un programa cohesionador, una estrategia revolucionaria, y una organización eficaz a esta dinámica de lucha por la soberanía de los de abajo que siempre ha estado presente en nuestro país.

La concepción mirista de la política revolucionaria, su fuerte compromiso con los oprimidos y excluidos, su carácter transgresor del orden dominante, su rechazo a la conciliación y a la política elitista, su voluntad de poder popular, no podrán entenderse si no es a partir de la fusión de un discurso político moderno, racional

e instrumental de raíz marxista y la expresión de las identidades y la rebeldía de los sectores sociales plebeyos de honda raíz histórica nacional. El cemento que fragua esta mentalidad revolucionaria a la vez racional y expresiva, es un fuerte sentido ético de la política.

Para escribir este artículo estuve revisando algunas declaraciones y documentos que difundió la Dirección Nacional del MIR antes y durante el gobierno de la Unidad Popular. Hacía mucho tiempo que no los leía, y ahora al hacerlo sin la presión de intervención táctica, me ha llamado la atención que la concepción mirista de la política fluye de ellos con mucha fuerza a través de tres dimensiones de comunicación. La primera dimensión comunicativa que salta a la vista pues ocupa gran parte del texto, es el lenguaje explícito que convoca y guía a un análisis incisivo de los acontecimientos concretos del momento político para lo cual emplea con rigurosidad las categorías marxistas de conocimiento y saca conclusiones y propuestas de acción muy racionales.

Hay una segunda dimensión comunicativa que habitualmente encabeza los textos: los sujetos sociales a quienes se dirige y que luego a través del texto convoca a expresarse con pasión y movilizarse reafirmando su identidad revolucionaria. Esta segunda dimensión comunicativa usa un lenguaje de identidad explícito, pero conjugado con un lenguaje implícito que expresa un nuevo sentimiento en los de abajo, la emoción de que llegó la hora de demostrar su capacidad para vulnerar el orden opresivo y comenzar a construir soberanamente sus propias formas de sociabilidad más justas, más igualitarias, más libres. Finalmente, la tercera dimensión que se comunica en un lenguaje no explícito pero que empapa todo el texto, es una firme razón ética que respalda lo que se denuncia y reclama, una clara consecuencia entre el análisis y la praxis que se propone, una sensación de que lo que se informa es siempre verdadero, y un decidido compromiso colectivo y personal con el curso de la acción que se orienta. Estos textos aunque se emitieron a nombre de un colectivo de dirección, evidencian las formas de pensar, de sentir y de actuar de Miguel, las que dieron un sello muy marcado al liderazgo mirista.

Es importante hacer notar que esta concepción no se limitaba al discurso, sino que nuestro quehacer político-práctico también estaba empapado de esta concepción política revolucionaria. Más adelante, cuando recordemos la experiencia de intervención armada y relatemos algo de la participación mirista en la movilización de masas, podremos apreciar que en el desarrollo de formas de organización, de una nueva sociabilidad popular, y en el accionar, también confluyeron esa mentalidad revolucionaria instrumental, el sentimiento emocional y afectivo, y la moralidad guevarista. Esta fusión no era siempre fluida, muchas veces producía roces y tensiones en la organización revolucionaria. Pero, tanto en el MIR, como en la base de otros partidos de Izquierda y en las organizaciones de masas emergieron relaciones de identidad, de compañerismo y afectos muy fuertes.

Quisiera advertir que en esa época nosotros no éramos conscientes de todas esas dimensiones de la política revolucionaria. Simplemente las vivíamos. Nuestra atención fundamental estaba puesta en la intervención práctica. Ha sido con el tiempo, recordando y reflexionando sobre el largo camino recorrido, que he tomado conciencia de que la lucha revolucionaria requiere tanto de razón, como de ética y sentimientos.

UNA NUEVA GENERACION REVOLUCIONARIA

La generación que asumió inicialmente la conducción del MIR cumplió con la valiosa tarea de mantener viva por décadas la memoria de las experiencias y concepciones revolucionarias acumuladas por el movimiento popular chileno, y traspasarlas a la nueva generación. Pero también fue una generación que, salvo algunas excepciones, no logró superar los estilos de una militancia extremadamente ideologizada y sectaria. En teoría reconocían la necesidad de lucha insurreccional, pero en la práctica no empujaban el desarrollo de las tareas insurgentes justificándose en que había que esperar a que las masas se levantaran pues de lo contrario caeríamos en una desviación “foquista”. Tampoco impulsaban el accionar directo de masas. Criticaban el institucionalismo reformista, pero terminaban subordinándose a sus campañas electorales.

La nueva generación mirista nos volcamos, con el entusiasmo de los jóvenes, a prepararnos para la lucha armada, impulsar la movilización estudiantil, vincularnos a las organizaciones sociales populares, y ganar más jóvenes para la causa revolucionaria. Para el año 1966 el MIR había ganado una presencia mayoritaria en la Universidad de Concepción y en las provincias cercanas. En Santiago creció con más retraso en las Universidades de Chile y Católica. Fue desde las universidades que los jóvenes miristas comenzamos a vincularnos con las poblaciones, las comunidades mapuche de Arauco, los mineros y trabajadores industriales. Después de dos años de fundación del MIR, esta nueva generación constituía la mayoría absoluta de la organización, pudiendo elegir en el congreso de 1967 al grueso de los miembros del comité central y a Miguel como secretario general.

A partir de ese mismo año se inició en el país un período de contracción económica que frenó las reformas democristianas, haciendo que la “Revolución en Libertad” perdiera la simpatía de masas que había concitado inicialmente y topara fondo sin lograr resolver la crisis estructural que agotaba el orden oligárquico. La clase dominante se dividió en un sector que seguía promoviendo el proyecto reformista burgués demócrata cristiano y otro sector mayoritario que, expresado en la derecha unificada en el Partido Nacional (1966), proponía una mayor y más directa subordinación al imperialismo, terminar con el intervencionismo estatal para abrir paso a una economía de libre mercado, y remontar la acumulación capitalista a través de una mayor explotación de los trabajadores y concentración de la riqueza. A pesar de que el gobierno de Frei recurrió a la represión para contener a la movilización, no pudo evitar que las masas lo sobrepasaran. En el sur las corridas de cerco con que los mapuche comenzaron a recuperar las tierras arrebatadas a sus reducciones, encendieron la llama de un movimiento de ocupación directa de fundos por los campesinos que se extendió rápidamente por todo el país. En las ciudades se multiplicaron las ocupaciones de terrenos y la organización de los campamentos de pobladores sin casa. Las movilizaciones por la reforma universitaria y el co-gobierno estudiantil se extendieron a todas las provincias.

La creciente extensión callejera, las repetidas huelgas y ocupaciones de industrias, los paros de los profesores, de la salud, de los bancarios, municipales, de la minería, la ocupación de la Catedral, e incluso una suerte de “paro militar” que se dio bajo la forma de un acuartelamiento de uniformados en el Regimiento Tacna hacia fines del gobierno de Frei, fueron evidenciando en el transcurso de tres años que el sistema de dominación en su conjunto, e incluso el propio aparato estatal, comenzaba a resquebrajarse.

El reto que este acelerado ascenso de las luchas populares planteaba a los revolucionarios era enorme. Había que construir sobre la marcha una vanguardia capaz de conducir un veloz proceso de acumulación de fuerza revolucionaria de masas sobrepasando la amplia conducción de masas de la Izquierda tradicional y, al mismo tiempo, hacer frente a la ofensiva comunicacional y represiva que empezaba a desplegar el gobierno y la derecha contra las avanzadas populares. Para mediados del año 1968 la mayor parte del grupo de dirección del MIR habíamos culminado nuestros estudios universitarios, nos habíamos casado, y trabajábamos como profesionales. Pero el desarrollo de la actividad política nos exigía una completa dedicación y tomamos la decisión de convertirnos en “revolucionarios profesionales”.

Dimos otro paso importante: preparar las condiciones clandestinas para iniciar acciones de expropiación financiera, de abastecimiento logístico y de propaganda armada. A principios de 1969 ya habíamos conformado una dirección nacional clandestina y paralela a la dirección pública y oficial del MIR. La agudización de los roces con la vieja generación y también con algunos jóvenes anclados en los mismos estilos políticos tradicionales nos llevaron a separar aguas con ese sector en julio de 1969. Coincidió esta ruptura con que el gobierno demócrata cristiano aprovechó una acción mirista en Concepción (los compañeros raptaron a un mentiroso y repudiado periodista dejándolo desnudo en el patio central de la Universidad), para desencadenar la represión policial contra los dirigentes nacionales y cuadros del movimiento.

Desde ese momento asumimos públicamente e intensificamos las acciones de expropiación y propaganda armada, así como el impulso de las acciones directas y de autodefensa de masas. Se inició lo que podría llamarse la “refundación” del MIR para transformarlo en una organización político-militar, clandestina, que combinara el accionar armado con el trabajo en los frentes de masas. En todos los regionales se construyeron los GPM (Grupos Político-Militares), estructuras orgánicas asentadas en un espacio territorial con niveles de bases políticas, operativas, técnicas y de infraestructura compartimentadas, dirigidas por una jefatura común. El MIR dejaba de ser una organización de “aficionados”, para comprometerse por entero en la implementación de su estrategia revolucionaria.

Es conveniente dejar en claro que el deseo de cambio había prendido en vastos sectores de la juventud chilena, atravesando incluso las barreras de clase. La sociedad chilena que en los años 50 era tremendamente conservadora e hipócrita en sus valores y costumbres, cambió mucho hacia mediados de los 60. Los jóvenes comenzamos a independizarnos pronto de nuestros padres, el amor se volvió mucho más libre y abierto. Comprendimos que la finalidad de la vida no era sólo trabajar y ganar dinero para consumir más cosas. Que las personas valían por lo que eran y por lo que hacían, y no por lo que tenían. Hubo grupos de jóvenes (el más conocido fue Silo que más tarde se transformó en el Partido Humanista) que propiciaron un camino de superación individual, interior, en ruptura con la mentalidad burguesa. Pero el grueso de los jóvenes seguimos el camino del compromiso social adhiriendo a los diversos partidos de Izquierda, participando en organizaciones sociales y culturales. El MIR fue la expresión más radical de esta tendencia.

La juventud de los 60 tuvo una fuerte convicción libertaria. Estábamos decididos a construir un mundo mejor, no temíamos pensar en algo grande, dispuestos a luchar por nuestra utopía, nos sentíamos capaces de lograr lo imposible.

Cualquiera sea el período de la historia, cuando nace ese espíritu en el alma de los jóvenes, es que está emergiendo una nueva generación revolucionaria.

El MIR, 35 años - Parte II

UN ATAJO REVOLUCIONARIO

En los períodos en que el movimiento de masas vive el estancamiento, o el reflujo prolongado de sus luchas, y en que el movimiento revolucionario enfrenta situaciones de repliegue y aislamiento, la práctica política tiende a reproducirse con muy débil presencia en los espacios en que se encauzan la vida social y política nacional. Es habitual que en esos períodos se produzcan crisis orgánicas, que el movimiento se atomice en pequeños grupos separados, o incluso enfrentados, por discrepancias ideológicas y políticas las más de las veces sin vinculación real con la lucha de clases. Esos pequeños grupos tienden a tener una vida política internista, de discusión y reflexión autocentrada, con mínima capacidad de iniciativa táctica. Los que logran superar el internismo avanzan en su inserción social local, logrando a veces arraigo en su barrio, en la escuela, o la fábrica, pero difícilmente logran una incidencia en las dinámicas políticas y sociales regionales y nacionales. La acumulación de fuerza política es molecular, principalmente a través del reclutamiento persona a persona y mediante un prolongado trabajo ideológico. Esta era la situación que vivíamos los grupos revolucionarios chilenos a fines de los años 50 y principios de los 60.

Para que los grupos revolucionarios puedan pasar de un lento crecimiento molecular a una rápida acumulación de fuerza será necesario que se den condiciones sociales y/o políticas favorables. En el caso nuestro esas condiciones las ofreció el agotamiento del proyecto de "revolución en libertad" impulsado por el gobierno demócratacristiano y el proceso de ascenso de la movilización de masas iniciado en 1967, a los que nos hemos referido en la primera parte de este artículo.

Pero no bastan esas condiciones favorables, es necesario que los movimientos revolucionarios intervengan activamente en las contradicciones sociales y políticas presentes en cada período. Pero no fue hasta 1969 que llevamos a cabo la reorganización interna y pasamos a intervenir activamente en la escena política nacional, que pudimos dar un salto en la acumulación de lucha revolucionaria.

Como sería muy extenso relatar las diferentes experiencias organizativas que desarrolló el MIR en esos años, sólo quiero destacar que uno de los rasgos más resaltantes de Miguel Enríquez como dirigente del MIR fue su preocupación permanente por formar un creciente contingente de cuadros revolucionarios que fueran la columna central del movimiento revolucionario. Su hermano Edgardo, Arturo Villabela, Ricardo Ruz, Dagoberto Pérez, el Chico Sergio Perez, Lumi Videla, Luis Retamal en Santiago, Nelson Gutiérrez y Vergarita en Concepción, el Pelado Moreno en Temuco, el Pepe de Osorno, Tranquilo en Aconcagua, el Sambo en Antofagasta, el Cata en la zona central, y decenas de compañeros y compañeras constituyeron en esos años lo que fue una verdadera escuela de dirigentes políticos que eran a la vez experimentados organizadores. Pero no eran organizadores para el internismo, eran formadores de militantes y cuadros de gran empuje, constructores con capacidad de intervención táctica, conductores

de la implementación activa de nuestras políticas en los diversos ámbitos de masificación de la lucha revolucionaria.

Era evidente que para la acumulación de fuerza revolucionaria se requería que los núcleos miristas que se extendían por distintas regiones del país se sumergieran en los frentes sociales impulsando la movilización local de masas, pero comprendimos que ello no bastaba para lograr un salto en esa acumulación. Había que buscar lo que Miguel llamó un "atajo en el camino revolucionario", y ese atajo fueron las acciones de propaganda armada (incluidas las acciones de expropiación y abastecimiento) y las acciones directas de masas. Un instrumento táctico que podríamos llamar "acciones ejemplares" y que consiste en el desarrollo de la iniciativa revolucionaria para intervenir en la dinámica social y política coyuntural. Son hechos que tienen un sentido político tan claro que, por más que los medios de comunicación dominantes traten de desvirtuarlos, no lograrán impedir que la acción hable por sí misma. Son gestos políticos de fuerza simbólica, que logran ganar gran simpatía popular porque mucha gente se identifica con ellos, los encuentra justos, adecuados y necesarios. Con preferencia deben ser reproducibles por el movimiento de masas, o tener una gran capacidad de generación de conciencia y de aliento a la movilización social. Las acciones ejemplares producen saltos cuantitativos y cualitativos en la acumulación de fuerza revolucionaria, logran en poco tiempo lo que al crecimiento molecular le llevaría años alcanzar.

LA CUESTION MILITAR

El banco estaba en Bilbao al llegar a Tobalaba. Miguel me pidió que hiciéramos un estudio del local y toda la cuadra, la gente que trabajaba allí, la ubicación de la caja fuerte, las oficinas del gerente y el tesorero que guardaban las llaves, el sistema de seguridad, la vigilancia policial y sus horarios, los negocios vecinos y teléfonos desde donde podían avisar a la policía, el colegio del frente, todo... Me apoyé en James y Javier que organizaron un grupo de vigilancia y consiguieron un departamento con vista al lugar. Durante un mes observamos el movimiento del banco y de la cuadra, levantamos un plano de la distribución interna del local después de visitarlo repetidamente con diversas justificaciones. Para sorprender a la seguridad, reducirla y evitar que accionaran los sistemas de alarma Miguel, Luciano y otros compañeros se vistieron de terno y corbata como acostumbraba hacerlo la policía civil, y al Guajiro (Víctor Romeo) lo disfrazamos de carabiniero para custodiar la puerta mientras se desarrollaba la operación. Al Guajiro no le gustaba el revólver reglamentario de Carabineros, y aunque le advertimos que no lo hiciera, llevó una pistola al cinto escondida bajo la camisa del uniforme verde, la cual se le cayó por el interior del pantalón al suelo justo cuando entraba al banco. Sin quererlo, ayudó a distraer a todo el personal que se quedó mirando cómo el arma rodó por el piso. Cuando levantaron la vista se encontraron con un grupo de hombres que, agitando falsas identificaciones policiales, exclamaban:

"¡Policía de Investigaciones! ¡Control de divisas!". De acuerdo al plan, en ese momento Miguel debía subirse de un salto al mostrador y sacando el arma conminar a todo el mundo a tenderse en el suelo. Según el estudio previo el mostrador llegaba a la cintura de una persona, sólo que el compañero que lo midió era un flaco muy alto. Miguel, que no era muy alto ni atlético, no logró subirse. Entonces, Luciano se subió de un brinco y para molestar a Miguel, le preguntó riéndose: "Te ayudo". En minutos ya estaban saliendo los compañeros con bolsas llenas de dinero. En los ventanales del colegio del frente las muchachas se habían percatado que algo inusual sucedía. Cuando Miguel y Luciano aparecieron, los reconocieron pues sus fotografías aparecían en las

primeras planas de los periódicos. Luciano, que tenía fama de conquistador, se detuvo a saludar a las muchachas que gritaban y aplaudían levantando ambos brazos que sostenían sendas bolsas de dinero. El dicho dice que quien ríe último ríe mejor. Miguel, se volvió y le dijo entre serio y riéndose: "Ya. Deja de hacer el payaso, y vamos". Luciano se puso colorado. Se subieron ambos al auto puntero, que yo manejaba. Otros compañeros estaban en el segundo auto y cerraba la caravana un tercer vehículo con los compadres de la emboscada de contención. Empezamos rápido la marcha, los neumáticos chirriando en el pavimento, algunos compañeros con medio cuerpo fuera de las ventanillas vigilando cualquier reacción. Al llegar a una esquina frené bruscamente y lo mismo hizo el resto de la caravana: "¿Qué pasó? ¿Por qué paraste?", preguntó alarmado Miguel. Le indiqué el semáforo del tránsito, cuya luz roja estaba encendida, comentándole: "Podemos asaltar bancos, pero las leyes del tránsito hay que respetarlas". La carcajada fue general.

La noticia de que el MIR estaba realizando expropiaciones bancarias produjo gran impacto en la opinión pública. ¿Por qué jóvenes, algunos de los cuales eran hijos o familiares de personalidades políticas, universitarias, empresariales y profesionales, ellos mismos profesionales, dirigentes universitarios o estudiantes destacados, se ponían a asaltar bancos? ¿Por qué teniendo las puertas abiertas para acceder a los más altos círculos políticos, académicos, profesionales, comerciales, renunciaban a ese futuro y trasgredían la legalidad para impulsar con las armas la rebeldía popular? La derecha denunció que éramos "castristas" y que la subversión extranjera había llegado a Chile. El gobierno nos acusó de violentistas de Izquierda, terroristas desquiciados. El Partido Comunista nos calificó de aventureros y provocadores. Otros sectores de Izquierda dijeron que discrepaban políticamente de las acciones que realizábamos, pero que éramos jóvenes honestos. Por ejemplo, Salvador Allende, mi tío, me hizo llegar una caja de zapatos. Al abrirla, encontré una pistola Colt 45, nuevecita, y una nota que decía: "Tú escogiste ese camino. Sé consecuente con él".

La cuestión de la lucha armada era un asunto en el cual veníamos trabajando desde principios de la década del 60. Del conocimiento de la verdadera historia patria obtuvimos conclusiones importantes: el Estado oligárquico chileno se construyó y se mantiene sobre la base del monopolio de la violencia. Siempre que los sectores oprimidos y excluidos se rebelaron y quisieron cambiar el orden oligárquico, fueron reprimidos por los aparatos armados del Estado. En los conflictos insurreccionales y guerras civiles, los sectores populares lucharon subordinados a grupos de la clase dominante, y luego de ser usados como carne de cañón, fueron echados a un lado y sus intereses traicionados. Cuando los de abajo se rebelaron solos o resistieron por su cuenta a la represión de sus reclamos sociales, carecieron de la unidad, preparación, organización y del armamento necesario para vencer. Por más fuerza social y política que acumulen los sectores populares que promueven el cambio revolucionario, si no cuentan con una fuerza militar que respalde sus luchas, jamás lograrán triunfar. La realidad social y política del país a fines de los 60 confirmaba esas enseñanzas históricas. El gobierno demócrata cristiano recurría cada vez más a la represión para contener el desbordamiento de la movilización popular por el cambio: en El Salvador, Santiago, Puerto Montt y Copiapó fueron masacrados muchos manifestantes.

A los viejos dirigentes demócrata cristianos se les olvida que bajo su gobierno comenzó a desarrollarse en la década del 60 la violencia sistemática contra el movimiento de masas. El Estado comenzaba a crear sus instrumentos

contrainsurgentes con asesoría norteamericana: el ejército formó las compañías de Boinas Negras, la Infantería de Marina preparó sus fuerzas especiales, Carabineros creó el Grupo Móvil. La creciente división en las clases dominantes abría la posibilidad de que la Izquierda tradicional triunfara en las elecciones presidenciales de 1970, pero creer que las clases dominantes chilenas respetarían la institucionalidad democrática era una irresponsabilidad. Estábamos seguros de que recurrirían a los grupos armados de derecha y a los militares para derrocar cualquier gobierno popular que tocara sus intereses y para aplastar el movimiento revolucionario de masas. Considerábamos que la Izquierda no podía evadir la cuestión militar y que debíamos convocar al movimiento popular a desarrollar una capacidad de respuesta propia para defender el avance del proceso de cambios revolucionarios. Lamentablemente, la historia demostraría que nuestras preocupaciones y planteamientos eran justos.

A principio de los sesenta nos preocupábamos de aprender a disparar las pocas pistolas, escopetas y fusiles que conseguíamos prestados o comprábamos. En la zona de San Felipe y Los Andes teníamos vínculos con viejos mineros que nos enseñaron a emplear la dinamita. Subíamos por las empinadas quebradas del Cajón del Maipo para acampar en unas protegidas y solitarias aguadas, donde realizábamos instrucción de combate.

A partir de 1967 decantamos la concepción de una estrategia de guerra popular. Rechazamos la equivocada interpretación de la guerra revolucionaria cubana que circulaba en nuestra época y que se conoció como "foquismo". Es decir, la creencia de que dadas todas las condiciones objetivas para la revolución bastaba encaramarse en una montaña con un grupo guerrillero, o realizar acciones armadas desde la clandestinidad urbana, para generar las condiciones subjetivas de apoyo popular y acumular rápida y combativamente un poder militar revolucionario que aniquilara las fuerzas armadas burguesas.

También rechazamos la concepción "insurreccionalista" que apuesta todo a un popular masivo que logre el paso de sectores mayoritarios de las Fuerzas Armadas al campo revolucionario. Percibíamos que la capacidad contrainsurgente de los Estados latinoamericanos, incluido el chileno, se había perfeccionado mucho. Las élites gobernantes habían aprendido a utilizar todos sus recursos de poder económico, político, ideológico, y militar para hacer frente a la insurgencia popular. La insurgencia revolucionaria no puede triunfar apoyándose sólo en las armas contra un enemigo que siempre tendrá una ventaja técnico militar, logística, de recursos económicos, comunicacionales, etc. Concluimos que nuestra concepción estratégica de la guerra popular debía ser político-militar, es decir, tanto en la acumulación estratégica de fuerza, como en cada intervención táctica, articular estrechamente la movilización social, la acción política, la expresión comunicacional (propaganda) con el uso de las armas.

Preveíamos que la burguesía chilena y sus aliados norteamericanos recurrirían a la violencia para defender su poder y privilegios, lo cual planteaba la urgencia de acumular una fuerza militar que protegiera el avance del movimiento popular y revolucionario. De hecho habíamos comenzado a prepararnos en las cuestiones militares y nos esforzábamos por hacer conciencia en el resto de la Izquierda de la necesidad de que también lo hicieran. Pero no podíamos lanzarnos por nuestra cuenta en una guerra, es decir, iniciar acciones combativas contra las Fuerzas Armadas. El deseo de cambio se había extendido en nuestro pueblo, asistíamos a un gran ascenso y radicalización de masas, pero la mayoría de los sectores

populares creía que se podía encauzar el proceso de cambio dentro del sistema político institucional. Es más, la esperanza de que Salvador Allende ganara las elecciones presidenciales crecía día a día, y amplios sectores populares confiaban que el presidente de la República, podría implementar las reformas prometidas. Todavía el orden político no había perdido su legitimidad. Lanzarnos a la guerra nos hubiera llevado a un aislamiento político, probablemente al repudio popular.

Optamos por no desarrollar acciones contra las Fuerzas Armadas y Carabineros, pero sí utilizar las armas para la apropiación de medios necesarios para la lucha revolucionaria, para respaldar acciones políticas que trasgredían la institucionalidad, y para alentar la autodefensa y acción directa de masas. Por este camino podríamos ganar la simpatía y el apoyo de sectores de la Izquierda y de masas radicalizados, dar los primeros pasos en la acumulación de una fuerza y experiencia operativa armada, alentar en algunos sectores de masas la conciencia de que era necesario y posible avanzar directamente y proteger por sí mismos su lucha social.

Empezamos a realizar acciones de expropiación de bancos porque nuestras actividades políticas nos demandaban crecientes recursos. Las primeras acciones de expropiación no se reconocieron públicamente. Miguel puso siempre gran cuidado en planificar acciones que aprovecharan al máximo la sorpresa y la superioridad táctica para evitar el enfrentamiento armado, no dañar a los empleados y custodios de los bancos. Decía: "No somos terroristas, somos revolucionarios". Cuando se conoció que el MIR estaba asaltando bancos, la preocupación principal de Miguel fue explicar la razón de estas acciones, informar que el dinero que obteníamos se gastaba en las tareas militares y en apoyar a la organizaciones sociales. Le pidió un encuentro secreto a Darío Sainte Marie (Volpone), propietario de Clarín, el diario más popular. Le propuso darle todas las primicias de nuestras acciones a cambio de un trato justo en las páginas del diario. Un mes atrás habíamos expropiado la Sucursal Vega Poniente del Banco del Trabajo. Al mes siguiente volvimos a expropiarlo. El titular en primera plana de Clarín fue: "Cabros del MIR pasaron a recoger su mesada". Y en el texto contaban con lujo de detalles cómo habíamos llegado en jeep vestidos con uniformes del ejército simulando la reconstitución de escena del anterior asalto, engañando y reduciendo sin violencia a los carabineros que custodiaban el local, que luego habíamos repartido el dinero a los pobladores sin casa. Simultáneamente intensificamos acciones de propaganda armada en apoyo a conflictos obreros, tomas de terrenos, la organización de brigadas de autodefensa de masas, el impulso de acciones directas. Iniciamos el trabajo político clandestino en las Fuerzas Armadas, aprovechando vínculos familiares y sociales con miembros de esas instituciones (en algunas oportunidades Luciano Cruz se escondió en unidades militares). Dimos un importante empuje a las tareas de inteligencia no sólo hacia las instituciones militares y policiales, sino también hacia la derecha y sus grupos armados apoyados por las agencias norteamericanas.

LA LUCHA SOCIAL REVOLUCIONARIA

La prensa conservadora ha divulgado la imagen de que el MIR era sólo un grupo armado. Esto es totalmente falso. Más del 90% de los miembros del MIR estuvieron inmersos en el trabajo social y político revolucionario. Siempre pensamos que la movilización de las masas por sus intereses es el eje fundamental de la acumulación de fuerza revolucionaria. Es a partir de las reivindicaciones económicas y sociales que atañen la vida inmediata de los sectores populares que los revolucionarios pueden contribuir a desarrollar la

conciencia de masas sobre las formas de la dominación capitalista, de cómo los patrones y los burócratas estatales a su servicio oprimen, explotan y discriminan a los de abajo, y alentar la organización y lucha masiva que cuestione las instituciones del orden injusto.

Nosotros no inventamos la lucha por la reforma universitaria y el cogobierno estudiantil que tenían como trasfondo la concepción de una universidad comprometida con el pueblo. Lo que hicimos fue convocar a los estudiantes a que junto con luchar por la construcción de un nuevo tipo de universidad, nos volcáramos a las poblaciones, los sindicatos y el campo para impulsar una política revolucionaria.

Tampoco inventamos las corridas de cerco de los mapuches. Fueron ellos mismos los que, cansados de los interminables juicios en los tribunales que nada conseguían, decidieron ocupar las tierras arrebatadas a sus comunidades. Nosotros participamos en las primeras acciones y luego alentamos su reproducción, porque comprendimos que los mapuches no sólo estaban recuperando un pedazo de tierra que les pertenecía, sino que además su lucha contribuía a recuperar su dignidad y fortalecer su identidad como pueblo. Recuerdo que Jorge Fuentes, que fue uno de los primeros miristas que se movilizó a Arauco, nos contaba la necesidad de respetar sus prácticas tradicionales, que los jóvenes mapuches eran los más combativos pero que había que tener la aprobación de los lonkos y de la machi para realizar una corrida de cerco, cómo la formación de los primeros grupos milicianos reforzaba el ánimo de lucha pues los hacía continuadores de una resistencia ancestral, la necesidad de que nuestra propaganda rescatara la lengua mapuche, el afecto con que recibían a los compañeros en las reducciones a partir de que participaron en las corridas de cercos. En ese tiempo nosotros no percibíamos lo legítimo y necesario que es la lucha del pueblo mapuche por su autonomía y la constitución de un Estado plurinacional, pues pensábamos que su identidad sería respetada y dignificada dentro del proceso revolucionario global. La alianza entre los campesinos mapuches y los trabajadores agrícolas chilenos, se volvió fundamental porque los patrones de los fundos que habían arrebatado tierras a las reducciones trataban de enfrentar los huincas pobres a los mapuches. La alianza cristalizó: se unieron para ocupar los fundos completos, exigiendo al gobierno su expropiación. Esta necesidad no ha perdido validez hasta hoy: la alianza entre el pueblo mapuche y el pueblo pobre chileno es fundamental para que ambos puedan alcanzar sus objetivos como pueblos hermanos.

La toma de terrenos por pobladores urbanos se venía practicando desde los años 50 por los partidos de la Izquierda tradicional, y siguieron haciéndolo en los 60 y 70. Lo distintivo de los campamentos de pobladores en que participó el MIR a partir de 1969 fue que junto con la apropiación de un pedazo de tierra y de un techo se alentó el desarrollo de nuevas modalidades de convivencia. Los pobladores organizaron su autodefensa, formas de justicia popular, erradicaron los actos delictivos y el maltrato a las mujeres y los niños, desarrollaron prácticas solidarias para encarar los problemas de alimentación, salud, educación y recreación, ejercieron formas de democracia directa local. Estos campamentos se transformaron en focos de movilización revolucionaria, donde iban los pobladores de otros lugares a buscar experiencia y apoyo para hacer sus propias tomas.

Entre los trabajadores el MIR logró influencia inicial hacia 1969. En particular entre los obreros de la pequeña y mediana industria. Además de los paros, en algunos casos se llevaron a cabo acciones armadas de presión al sector patronal.

Desde fines del 70 pasamos a impulsar el control obrero, las ocupaciones de fábricas, reclamando al gobierno de la UP su expropiación. No era sólo luchar por un mejor salario, o mejores condiciones trabajo, sino extender la democracia a las empresas y luchar por la socialización de la propiedad. Ello se acompañó por el desarrollo de nuevas formas de relaciones solidarias, igualitarias, participativas, un nuevo orden popular alternativo, similar al de los campamentos.

El MIR impulsó la extensión de la sindicalización de empleados y obreros urbanos y rurales, y su unificación en la CUT. Pero al mismo tiempo, alentamos la superación de la división tradicional entre organización reivindicativa y organización política. Promovimos que los trabajadores, los pobladores, los campesinos, los estudiantes, etc., conformaran movimientos que fundieran la identidad social y la opción política revolucionaria. Así surgieron el FTR, MPR, MCR, FER, etc.

La política de masas impulsada por el MIR tuvo fuerte impacto. No porque tuviéramos un desarrollo orgánico tan amplio, sino porque la práctica de lucha social y política que alentábamos cuestionaba las bases mismas del orden democrático burgués establecido a partir de los años 30.

El proceso de ascenso y extensión de las movilizaciones de masas iniciado en 1967 comenzó por el movimiento estudiantil, luego por los sectores mapuche y pobladores, para extenderse a regiones campesinas y a los trabajadores de la pequeña y mediana industria, a los empleados y trabajadores del sector público, y finalmente al resto de la clase obrera sindicalizada. Comenzó por los sectores más pobres, más marginales, los que carecían de espacios y poder de negociación institucional donde resolver sus reivindicaciones, donde las redes de clientela de los partidos tradicionales eran más débiles. No es casual que la inserción y desarrollo social del MIR comenzara por la juventud y los sectores populares más pobres, y que las formas de movilización de estos sectores fueran más radicales en la trasgresión del orden político y social vigente de cuyos limitados beneficios estaban marginados. Los manuales de marxismo-leninismo aseguraban que la vanguardia del proceso revolucionario sería la clase obrera industrial, pero la realidad no siempre hace caso a los manuales. Incluso hubo sectores de la "aristocracia obrera", como los mineros de El Teniente, que se sumaron a la derecha y a los gremios de la pequeña burguesía en su acción desestabilizadora del gobierno de la Unidad Popular.

El MIR pasó en poco tiempo de ser un movimiento constituido mayoritariamente por estudiantes a ser un movimiento de pobladores, trabajadores, campesinos y mapuches, un movimiento realmente popular. Se formó una camada de nuevos dirigentes cuyo liderazgo ya no venía de la universidad, sino del ascenso de las luchas populares, como Víctor Toro que fue fundador del MIR, pero que se convirtió en un dirigente poblador nacionalmente conocido a partir de los años 69-70; o el Mikey, Alejandro Villalobos, querido dirigente poblacional surgido de la Nueva Habana, más tarde asesinado por la dictadura militar; Juan Olivares, expresión de un nuevo sindicalismo revolucionario; Moisés Huentelaf, joven dirigente campesino mapuche, asesinado el año 1971 en el fundo Chesque por un grupo patronal armado; José Gregorio Liendo, quien en Neltume resistió con las armas el golpe militar del 73 y Miguel Cabrera (Paine), que encabezó en ese mismo lugar las tareas de preparación de la guerrilla rural en 1980; y como ellos, decenas de jóvenes líderes sociales revolucionarios.

Cuando en agosto de 1971, Luciano Cruz murió absurdamente en un accidente doméstico, miles y miles de pobladores, de jóvenes trabajadores y estudiantes, de campesinos y mapuches, acompañaron su féretro marchando por el centro de Santiago. Quedó en evidencia en ese momento que el MIR había logrado anidar en el corazón de los más pobres y marginados, y muy especialmente en la juventud popular.

LA COMUNICACION REVOLUCIONARIA

Otro aspecto al cual el MIR dio gran importancia y donde logró un desarrollo significativo es en la "acción comunicativa", es decir, la capacidad de elaborar, desarrollar y difundir la propuesta revolucionaria a amplios sectores de masas. Si revisamos los discursos y entrevistas de Miguel, las declaraciones de la dirección, nuestras publicaciones, programas radiales, afiches y volantes veremos que nuestra acción comunicativa se desarrollaba como un diálogo con diversos interlocutores. Con los sectores sociales populares desarrollábamos un diálogo inclusivo, en que nuestra acción comunicativa recogía sus expresiones y propuestas sistematizándolas, fundamentándolas, ajustándolas a lenguajes comunicativos (escritos, audiovisuales, artísticos, etc.), y difundiéndonlas ampliamente. Una experiencia notable de esta acción la realizó un equipo que, encabezado por un militante mexicano, se volcaron al sector rural para recoger las reflexiones de los compañeros mapuches y campesinos sobre la lucha revolucionaria, sus formas de expresión, y sus símbolos, para luego editar el periódico, afiches y volantes del MCR con los temas e ideas centrales que ellos planteaban, su forma de hablar, su simbología y estética. Nuestra lucha ideológica siempre estaba referida a la situación social y política concreta. Al igual como dábamos nuestra opinión sobre todo hecho significativo, contestábamos permanentemente el discurso de la reacción y el reformismo.

Para impulsar esta acción comunicativa tuvimos que esforzarnos por desarrollar una capacidad de intervención en ese campo. Buscamos la colaboración de intelectuales muy destacados como Andre Gunder Frank, Vasconi, Ruy Mauro Marini (que llegó a ser destacado miembro de nuestro Comité Central), Teotonio Dos Santos, etc. Ellos nos ayudaron a fundamentar teóricamente nuestra propuesta revolucionaria. Desde temprano había comenzado a colaborar con el MIR, Manuel Cabieses, entonces "joven" director de Punto Final (quien más tarde llegó a ser miembro del CC y de la CP), José Carrasco (miembro del CC), Augusto Carmona, que dirigió la toma del Canal 9, Máximo Gedda y Diana Arón, periodistas de TV, Mario Calderón Tapia de Valparaíso, Mario Díaz, y muchos periodistas más que desde los diversos medios en que trabajaban jugaron un papel fundamental.

También prestamos gran atención al desarrollo de una capacidad propia de comunicación. En todo núcleo mirista había un encargado de impulsar y coordinar las actividades de AGP, que a su vez eran respaldadas por los talleres locales y regionales (que contaban con medios rudimentarios de reproducción). Constantemente se estaba realizando una acción agitativa. Desarrollamos medios de comunicación nacionales como El Rebelde (quincenal), periódicos mensuales por frentes (MCR, FTR, etc.), programas de radio, actos de masas, y organizábamos campañas nacionales en las cuales se coordinaba el esfuerzo de todo el MIR y de las organizaciones sociales revolucionarias. En el período de la UP creamos una estructura nacional encargada de la producción y diseño creativo para los diversos medios comunicativos (lenguaje escrito, oral, plástico, audiovisual, musical, etc.), que generaron una verdadera "estética mirista".

Bastaba mirar de lejos un afiche del MIR y se le identificaba de inmediato por su diseño y colorido. Adquirimos una imprenta y una radio.

En poco tiempo el MIR logró animar una amplia corriente revolucionaria en el movimiento artístico y cultural, destacando su presencia entre los cineastas, poetas y escritores, el teatro, la danza, la música, etc. El más entusiasta impulsor fue Bautista Van Schouwen, quien percibía con mucha claridad que la cultura se estaba constituyendo en un eje fundamental de la acumulación de fuerza revolucionaria.

Cuando un movimiento revolucionario logra avanzar en la generación de ideas fuerza, constituir una capacidad orgánica y política de intervención en la lucha de clases concreta, cuando forma militantes y cuadros con iniciativa táctica, desarrolla una acción comunicacional y cultural, es que está construyendo un liderazgo real. Un liderazgo colectivo, construido por muchos liderazgos personales, cimentado en una propuesta política y una práctica revolucionaria común.

Pero ya a mediados del 70 nos vimos obligados a realizar nuestro primer ajuste táctico importante.

LAS ELECCIONES PRESIDENCIALES DE 1970

En marzo de 1970 estábamos en pleno desarrollo de nuestra pequeña ofensiva de acciones de propaganda armada, ligando éstas cada vez más a la movilización de masas. Pero la campaña con vistas a la elección de presidente de la República también estaba en pleno desarrollo. La clase dominante no logró ponerse de acuerdo y se dividió entre dos candidaturas: el Partido Nacional y los sectores más conservadores apoyaron al ex presidente Jorge Alessandri. La Democracia Cristiana postuló a Radomiro Tomic. Esta división favoreció a la candidatura de Salvador Allende, abanderado de la Unidad Popular. Pensábamos que era muy difícil que Allende ganara y si lo lograba, estábamos seguros que la reacción conspiraría para evitar que asumiera la presidencia. Desconfiábamos de que por la vía electoral los obreros y campesinos pudieran conquistar el poder y construir el socialismo. Pero no éramos ciegos y nos dábamos cuenta de que vastos sectores populares apoyaban a Allende, que tenían fe en la "vía chilena al socialismo".

Tiempo después Miguel escribió explicando el necesario ajuste de nuestra táctica a la coyuntura electoral que hicimos en mayo de 1970: "Para ello formulamos una política que, en general, consistió en no llamar masivamente a la abstención electoral, en no proponernos el sabotaje electoral y en no desarrollar actividad electoral propiamente tal, pero al mismo tiempo reconocer, en el terreno electoral, a Allende la representación de los intereses de los trabajadores y a Tomic y Alessandri, la de los intereses de la clase dominante. Proclamar que si Allende triunfaba se desarrollaría una contraofensiva reaccionaria, y que nosotros, en ese caso, asumiríamos la defensa de lo conquistado por los trabajadores. Para todo ello nos propusimos las tareas de trabajo y movilización de los distintos sectores de masas, desarrollo de nuestra capacidad operativa, técnica e infraestructura, a la vez que seguir desarrollando operaciones por un período. También la preparación de un plan masivo de defensa ante la posibilidad del triunfo de Allende y para ello la ampliación de nuestras relaciones con otras organizaciones de Izquierda".

Desde diciembre del 69 estábamos en contacto con Allende a través de su hija Tati. Además de ser la más estrecha asistente del futuro presidente, de haber colaborado en la red clandestina del ELN boliviano cuando se preparaba la guerrilla del Che, y que como estudiante de medicina en Concepción había hecho amistad con Miguel, Beatriz Allende era mi prima preferida. También hacía de enlace la diputada Laura Allende, mi querida madre, que estando clandestinos nos buscaba ayudistas, arrendó secretamente varias casas de refugio, y alentaba a jóvenes socialistas de su distrito a incorporarse al MIR. Y el tercer "conspirador" era Osvaldo Puccio, antiguo y fiel secretario privado de Allende, que tenía un caserón de tres pisos en la calle Santo Domingo donde se escondía y reunía la dirección del MIR. En una ocasión, después de uno de los operativos de expropiación bancaria Miguel me pidió que guardara el dinero recuperado en la casa de Osvaldo. Al llegar a su casa con una maleta llena de dinero me percaté que había varios autos y cierto movimiento en el piso bajo de la casa. Pero como era habitual que hubiera visitas no me preocupé y subí por una escalera trasera al tercer piso donde había un pequeño departamento que ocupábamos para nuestros menesteres. Estaba yo ordenando el dinero, cuando entró Osvaldo muy agitado y al ver el dinero me dijo con los ojos muy abiertos: "¡Flaco! ¡No metas ruido y no se te ocurra bajar, que en el salón está el doctor (se refería a Allende) reunido con Patricio Rojas (demócrata cristiano, en ese momento el ministro del Interior del gobierno de Frei, es decir, el encargado de perseguirnos)!".

Allende valoró positivamente el planteamiento del MIR respecto a las elecciones presidenciales. Pero consideraba que las acciones armadas perjudicaban su candidatura, por lo cual decidió reunirse con Miguel para pedirle que paráramos los operativos. La reunión fue en una casa por Colón arriba. Los compañeros se encontraron con Allende en un barrio distante de Santiago, lo invitaron a subir en un auto nuestro, y después de varios contrachequeos para asegurarse de que nadie los seguía, llegaron a la casa donde Miguel y otros compañeros de la dirección lo estábamos esperando. Miguel le explicó el sentido y finalidad de las expropiaciones en el trabajo político y la preparación militar del MIR, sobre lo cual Allende naturalmente estaba en desacuerdo y planteó que perjudicaba su campaña electoral. En el transcurso de la conversación Miguel le manifestó nuestra preocupación de que la derecha le hiciera un atentado, y Allende pidió que el MIR le aportara un grupo de compañeros con preparación militar para reforzar su seguridad, lo que hicimos en los días siguientes. Cuando Allende comenzó a moverse en sus giras y actividades electorales protegido por estos compañeros armados, un periodista le preguntó quiénes eran. El candidato respondió: "Un grupo de amigos personales". Así nació el GAP. También se acordó con Allende colaborar en las actividades de inteligencia y trabajar coordinadamente con los partidos Socialista y Comunista en un plan de defensa del eventual triunfo electoral.

En julio detuvimos las acciones armadas, y nos volcamos a reforzar las tareas de inteligencia y preparación militar, además de continuar fortaleciendo orgánicamente el movimiento impulsando la movilización de masas por sus reivindicaciones económicas. Poco antes de septiembre la dirección del MIR informó públicamente que sus militantes quedaban en libertad de votar por el candidato popular si así lo deseaban.

Allende ganó las elecciones presidenciales, pero por poco. Aventajó por 39 mil votos a Alessandri. Un mar de pueblo se volcó a la Alameda frente a la Federación de Estudiantes de Chile, gritando con ánimo festivo: "¡El que no salta es momio!". Rojas, el ministro del Interior de Frei, en combinación con el general Camilo

Valenzuela, jefe militar de Santiago, autorizaron la manifestación de la Izquierda, pero al mismo tiempo demoraron la entrega de los resultados con el propósito de hacer aparecer a Alessandri como ganador y provocar un enfrentamiento que justificara la intervención y represión militar. Alessandri, un vanidoso oligarca a la antigua, no aceptó. Así se abrió un período de gran conmoción social. La derecha, agitando el terror comunista, alentó el pánico en la burguesía y sectores comenzaron a abandonar el país.

Se organizaron grupos armados por Patria y Libertad y otros sectores de ultra derecha, que llamaban abiertamente al golpe. La Democracia Cristiana intentó sin éxito que el Congreso declarara presidente electo a Alessandri, para que éste renunciara y abriera el paso a la reelección de Frei. Al ver cerrado ese camino el gobierno norteamericano impulsó y financió una conspiración con la complicidad de miembros del ejército y participación de Patria y Libertad, que consistía en la ejecución de una campaña de sabotajes, atentados, y el secuestro del general René Schneider, comandante en jefe del ejército de la corriente constitucionalista, partidario de respetar el resultado electoral, atribuyendo estas acciones al MIR y supuestos "grupos terroristas de Izquierda" para justificar una intervención militar que impediría que Allende asumiera. El equipo de informaciones del MIR, que encabezaba Luciano, logró a través de infiltración en Patria y Libertad detectar la conspiración, identificar parte de los responsables de las 21 acciones de atentados y sabotajes que llevaban realizadas, y conocer que planeaban provocar la intervención militar para el 22 de octubre. Hicimos la denuncia sobre la conspiración el día 21 entregando en una separata de Punto Final una detallada información que obligó al gobierno a actuar sobre Patria y Libertad, lo que replegó a sus vínculos militares. Lo que no detectamos fue la operación que preparaban contra Schneider. El día 22, a las 8 de la mañana, fue asesinado. Pero ya la intervención militar estaba frustrada, y asumió el mando del ejército, el general Carlos Prats, también de la línea constitucionalista. Después de la negociación de un Estatuto de Garantías Constitucionales con la Democracia Cristiana, a nuestro juicio una concesión innecesaria de la UP, el Congreso ratificó el triunfo de Allende y este asumió la presidencia el 3 de noviembre de 1970.

Culminaba así una coyuntura muy difícil, que creo que el MIR sorteó bien. Captamos que si bien había una crisis de la dominación oligárquica, un agotamiento del modelo económico y una creciente agitación social, todavía el sistema político conservaba suficiente legitimidad como para que la lucha de clases se encauzara a través del proceso electoral del cual no podíamos quedar al margen. Supimos ajustarnos a la coyuntura evitando el aislamiento político del movimiento en ascenso que se identificó con la propuesta allendista, sin perder nuestro perfil político, ni abandonar nuestros ejes estratégicos de acumulación de fuerza social y militar, continuando una permanente lucha ideológica revolucionaria. Aprendimos a maniobrar tácticamente, un arte político que a los movimientos revolucionarios que por naturaleza son inclinados al principismo les cuesta mucho ejercitar. Salimos fortalecidos de esa coyuntura.

El MIR, 35 años - Parte III

UN PERIODO REVOLUCIONARIO

Cuando el 4 de noviembre de 1970 Salvador Allende se terció la banda presidencial y salió con paso resuelto del Congreso para dirigirse rodeado del

pueblo al palacio de La Moneda, quedó claro que los de arriba no podían, ni los de abajo querían, seguir viviendo como antes.

Se iniciaba en Chile un período prerrevolucionario, empapado de esperanzas y premoniciones trágicas. La crisis económica y social estructural del modelo de sustitución de importaciones, que el saliente gobierno democristiano no pudo resolver, se agravaba aún más. La clase dominante, desconcertada por el triunfo electoral de la Izquierda y habiendo fracasado todas sus conspiraciones y planes para impedir que Allende asumiera la presidencia, se encontraba dividida, recriminándose unos a otros por la derrota, desconcertada y en repliegue. Aunque la institucionalidad se mantenía todavía vigente, los poderes del Estado tendían a autonomizarse. Mientras la Unidad Popular pasaba a administrar el gobierno, la reacción se atrincheraba en el control mayoritario del Congreso, la Contraloría y el Poder Judicial. Por su parte, las Fuerzas Armadas se mantenían expectantes procurando resguardar su unidad corporativa tras una política de respeto constitucional. Por abajo, los millones de pobres y excluidos continuaban la marcha ascendente de la movilización social y sintiéndose legitimados por el triunfo de la Izquierda reclamaban la radical satisfacción de sus históricas demandas de trabajo, pan, techo, tierra, salud, educación, soberanía popular... Cada capa social tendía a liberarse de sus intermediaciones políticas tradicionales y salía a la escena social protagonizando directamente sus intereses, con lo cual la lucha de clases comenzó a intensificarse como nunca antes.

A pesar de que la reacción ha tratado siempre de justificar su sangriento golpe militar como la sagrada misión democrática de derrocar la dictadura marxista, la verdad es que jamás hubo en toda la historia patria un período con libertades democráticas tan amplias como durante el gobierno de Salvador Allende. Todos los militantes del MIR perseguidos y encarcelados fuimos amnistiados por el presidente el 31 de diciembre de 1970. Una buena parte de los miristas que salimos ese día de la clandestinidad y de la prisión nos reunimos a festejar el Año Nuevo y nuestra nueva condición de legalidad en la casa del buen amigo Osvaldo Puccio. La relación con el presidente y otros dirigentes de la UP que se inició alrededor de las cuestiones "conspirativas", se fue transformando en una relación política. A partir de diciembre de 1970 se abrió lo que Miguel Enríquez caracterizó como una alianza de hecho, no formal, entre la UP y el MIR. Pero tuvo un comienzo muy difícil. El Partido Comunista tenía una actitud de aguda discrepancia con el MIR, que incluso se expresaba en gestos agresivos de parte de algunos de sus dirigentes y militantes, a diferencia del Partido Socialista y otros sectores de la UP con los cuales manteníamos vínculos de amistad y cooperación. El 2 de diciembre de 1970 una brigada comunista asesinó a nuestro compañero Arnoldo Ríos en Concepción, produciéndose un ánimo de confrontación muy aguda en la militancia de ambas organizaciones. Allende intervino exigiendo al PC detener las agresiones, condenar y sancionar la acción de su brigada, y establecer una relación de respeto y entendimiento con el MIR. En una reunión presidida por él, se acordó que una delegación PC-MIR saliera de inmediato en un auto de la presidencia a Concepción a restablecer un ánimo de convivencia, e iniciar conversaciones políticas.

¿EL MIR AL GOBIERNO?

A principios de 1971, en una reunión con el presidente Allende sostenida en su casa, éste -para sorpresa de Miguel y quienes lo acompañábamos- le pidió a nuestro secretario general que el MIR se integrara a la UP y él se incorporara como ministro de Salud a su gobierno. Entre Allende y Miguel, a pesar de sus

visiones estratégicas tan distintas, se había desarrollado una relación de mucho respeto pues ambos desde sus respectivas opciones políticas compartían un arraigado concepto del compromiso ético y la consecuencia personal. Compartían también la inteligencia política y un incisivo sentido del humor, lo cual los llevaba a simpatizar mutuamente. Miguel captó de inmediato que el ofrecimiento no era sólo expresión de la hábil „muñeca“ política del presidente para neutralizar una oposición de Izquierda a su gobierno. Al ofrecerle la posición que siendo un joven dirigente socialista él mismo había ocupado en el gobierno de Pedro Aguirre Cerda, constituía también un gesto de afecto. Con delicadeza, Miguel le dijo que compartíamos la mayor parte de su Programa. Efectivamente ofrecía la satisfacción de las reivindicaciones populares más sentidas: empleo y salario justo para los trabajadores, tierra para el campesino, mejoría del consumo básico para toda la población, seguridad social, atención especial a los niños, vivienda digna e infraestructura urbana, salud pública adecuada, turismo, recreación y deporte popular, etc. Asumía tareas como la nacionalización del cobre y otras riquezas básicas en manos del capital extranjero, la estatización del sistema financiero, del comercio exterior, las grandes firmas de distribución y los monopolios industriales estratégicos, y la reforma agraria para terminar con el latifundio. Eran medidas que compartíamos. La UP en su Programa planteaba transformar el Estado en un Estado Popular, señalaba que sería necesario elegir una “asamblea del pueblo”, y el propio Allende convocaba a desarrollar el “poder popular” que entendía como la extensión de la participación popular en la administración económica, social y cultural del país a través de una nueva Constitución Política que institucionalizaría esta incorporación masiva al poder.

Pero Miguel también le dijo a Allende con franqueza que discrepábamos de su estrategia de llevar adelante el proceso de transición al socialismo sólo dentro de la institucionalidad vigente. Le explicó que, en nuestra opinión, las clases dominantes no aceptarían el término de sus privilegios y la transformación del Estado burgués a que llevaría el desarrollo del Programa antiimperialista, antimonopólico, antilatifundista y de democratización popular que él se había comprometido a implementar como presidente. Que estábamos seguros de que la mediana burguesía se sumaría a los terratenientes y a la gran burguesía nacional y extranjera, para enfrentar juntos al gobierno popular. Y en ese enfrentamiento no respetarían la institucionalidad, recurrirían a la violencia para derrocarlo. Nosotros desconfiábamos de que las Fuerzas Armadas mantuvieran su posición constitucionalista. Nos constaba que, a pesar de sus recientes fracasos, la derecha continuaba conspirando con sectores de la oficialidad, y que en el mejor de los casos se podría lograr que una parte de las FF.AA. se sumara al campo popular, pero no se evitaría el enfrentamiento armado. Reconocíamos que el gobierno popular era una posición de poder parcial desde la cual se podía dar un impulso decisivo al proceso revolucionario, pero nuestra estrategia tenía su eje en la movilización directa de las masas y en la construcción autónoma del poder popular, incluida una fuerza militar propia que defendería su gobierno. Concluyó Miguel diciéndole que le agradecía su propuesta en nombre del MIR y en lo personal, pero que creíamos que era mejor seguir colaborando con él desde una posición de independencia. Que nuestro apoyo podía entenderse como un “apoyo crítico”, pero que jamás le haríamos ninguna crítica pública sin antes reunirnos con él y explicarle nuestras discrepancias con franqueza. Le dijo que siempre podría contar con nosotros para avanzar en las conquistas populares y para enfrentar a la reacción. Le aseguró que estaríamos siempre junto a él para defenderlo como presidente del pueblo. Esta fue la política y la práctica que el MIR mantuvo inalterable durante todo el gobierno de Allende. El propio presidente, conversando poco antes de su muerte con su hija Tati, mi madre, y

otros colaboradores cercanos, les confidenció que él hubiera deseado tener a Miguel y sus compañeros en su gobierno porque siempre mantuvieron con él una relación respetuosa, franca, desinteresada, y consecuente.

Aprovechando la ampliación de libertades democráticas nos volcamos al impulso de la movilización de masas. A partir de las acciones directas de los mapuches, con el aliento del Movimiento Campesino Revolucionario (MCR) se extendió una ola de tomas de fundos, en lo que se llamó el “verano caliente” de 1971. También en Santiago y Concepción impulsamos las movilizaciones sindicales y ocupaciones de industrias. Propiciamos la conformación de varios nuevos campamentos de pobladores sin casa. Aprovechamos también nuestra participación en las tareas de seguridad presidencial para lograr un silencioso avance en instrucción militar, logística e inteligencia. Imprimimos mayor impulso a nuestra vinculación con sectores democráticos de las FF.AA., y de autodefensa y miliciana de masas. El MIR se extendió orgánicamente a través del país, y mejoramos nuestra capacidad comunicacional.

SUMAR Y NO SER SUMADOS

El primer año fue el mejor y más ofensivo del gobierno popular. Se hicieron efectivas la nacionalización de las riquezas básicas, la expropiación de grandes empresas monopólicas, el control estatal de la banca y el comercio exterior. La reforma agraria se profundizó hasta los límites legales establecidos en el gobierno anterior (80 hectáreas de riego básico). La política económica dirigida por Pedro Vuskovic fue muy exitosa: el PIB aumentó un 8,3%, un crecimiento de 2.5 veces con respecto al año anterior; la tasa de cesantía bajó a un 4%, la más baja que se recuerde en Chile; la inflación se redujo a un 22%; la participación de los asalariados en el ingreso total subió a un 59%, mejorando notoriamente el nivel del consumo y el gasto social. En el plano político, en las elecciones municipales de abril de 1971 la UP obtuvo el 50.86% de los votos, lo que significó un aumento de más de 13% respecto a las elecciones presidenciales del año anterior, votos adicionales que en su mayoría provinieron de las capas más pobres del campo y la ciudad. La UP estaba en condiciones muy favorables para aprobar a través de un plebiscito una reforma profunda de la institucionalidad política que cambiara el Parlamento por una Asamblea del Pueblo, que introdujera una nueva concepción de la defensa nacional sustentada en la participación civil, que instituyera constitucionalmente las áreas social y mixta de la economía, etc. ¿Por qué desaprovechó esa oportunidad? Nunca he logrado comprenderlo.

La alianza informal entre la UP y el MIR comenzó a deteriorarse a partir del segundo semestre de 1971, fundamentalmente a causa de las movilizaciones directas que desbordaban el Programa del gobierno, las cuales eran impulsadas por nosotros y también por sectores radicalizados de la UP. El PC se lanzó otra vez a atacar públicamente al MIR, en una práctica de confrontación indirecta a los sectores de Izquierda de la UP que se volvería habitual. La visita a Chile del comandante Fidel Castro contuvo la polémica. Durante buena parte del mes de noviembre y principios de diciembre, Fidel recorrió el país aclamado por las multitudes, alentando con su palabra y ejemplo las aspiraciones revolucionarias. Para apoyar la seguridad periférica en los actos y gira del comandante, el MIR se movilizó coordinadamente con la seguridad cubana. Los compañeros de la comisión política del MIR tuvimos oportunidad de reunirnos algunas veces a conversar con Fidel que nos insistía constantemente en la necesidad de preservar la unidad del conjunto de la Izquierda. En una de esas reuniones, se dirigió a Miguel diciéndole: “El arte de la revolución es el arte de sumar fuerzas... sumar... sumar... y sumar”. Miguel le comentó rápido: “Sí, comandante, es el arte de

sumar y no ser sumados”. Ambos resumían la complejidad táctica que enfrentaríamos los revolucionarios durante el resto del período de la UP. ¿Cómo preservar la unidad del campo popular para sumar fuerzas en el enfrentamiento del enemigo común? ¿Y cómo, al mismo tiempo, superar el reformismo y acumular fuerzas para la conquista del poder, o al menos asegurar la continuidad de la lucha revolucionaria?

LA REACCION RETOMA LA INICIATIVA

En diciembre de 1971 las viejas ricachonas iniciaron sus acciones de protesta tocando cacerolas vacías y los pijes levantaron barricadas y provocaron desórdenes en las principales arterias del barrio alto de Santiago. Los sabotajes y atentados de los grupos armados de derecha se extendieron. La DC presentó un proyecto de reforma constitucional para limitar el desarrollo del área de propiedad social. En marzo del 72, los dirigentes de los partidos de oposición y de los gremios empresariales se reunieron a comer pastel de choclo y a complotar un vasto plan de movilizaciones de insurgencia civil contra el gobierno. También ese mes fue detectada y desarticulada una conspiración golpista de los generales Canales, Hiriart y oficiales intermedios. En abril el PIR (un desprendimiento del Partido Radical) rompió con el gobierno y la oposición realizó la primera ?Marcha de la Democracia?. La reacción comenzaba a retomar la iniciativa.

A pesar de los buenos resultados que la política económica del gobierno tuvo durante 1971, en el primer semestre del 72 comenzó a agotarse. En realidad la política económica de la UP fue una profundización del mismo modelo clásico de sustitución de importaciones por medio de una política de redistribución del ingreso (más radical que la democristiana “revolución en libertad”) que aumentó la demanda interna. Hacia mediados de 1971 los salarios habían subido en 55% con respecto a igual fecha del año anterior, mientras que los precios lo hicieron sólo en un 9%. La mayor demanda alentó el aprovechamiento de la capacidad ociosa de la economía, lográndose durante 1971 un incremento de la producción industrial del 16%, y la agrícola en un 6%. El gobierno esperaba mantener un crecimiento productivo equilibrado con la demanda interna, mediante la inversión de los recursos que se obtuvieran de la nacionalización del cobre, los créditos externos y los excedentes de las empresas estatizadas. Pero la realidad se comportó de manera diferente. Las empresas norteamericanas, ante la posibilidad de ser nacionalizadas, habían aumentado el año anterior hasta el límite la producción fácil de cobre, de modo que para seguir manteniendo esos niveles productivos el 71 se requería una inversión mucho mayor, sumado al boicot en el suministro de equipos y repuestos y a la baja internacional del precio del metal. La principal fuente de excedentes del Estado se redujo sensiblemente. El gobierno de EE.UU. se preocupó no sólo de cerrar las líneas de crédito internacional, sino además de embargar las ventas de cobre chileno. Tampoco el campo socialista suplió las fuentes de crédito cerradas. Finalmente, las empresas estatizadas al aumentar el pago de salarios y mantener fijos los precios de sus productos, vieron también limitados sus excedentes. Inevitablemente la economía marchó hacia un creciente desequilibrio entre su capacidad productiva -que se estancó- y su demanda -que se disparó-. Los empresarios, en vez de invertir, prefirieron ganar más a través de la especulación, el mercado negro y el boicot financiado por la CIA. A partir de 1972 el desabastecimiento comenzó a sentirse.

Fueron estas dificultades económicas las que hicieron emerger abiertamente las divergencias en la dirección de la UP. El sector reformista que agrupaba a Allende, el PC, un sector del PS, parte del MAPU, el PR, el PSD y el API, plantearon la necesidad de “consolidar para avanzar”, política que consistía en no

sobrepasar el Programa de la UP, terminar con las políticas “extremistas” de movilizaciones directas y antiinstitucionales, centrar el movimiento trabajador en la lucha por el aumento de la producción, contener mediante un ajuste el excesivo crecimiento de la demanda, tranquilizar a las capas medias, a los sectores razonables de la burguesía y las FF.AA. para impedir que se sumaran al golpismo, y buscar un entendimiento con la DC (preferentemente su incorporación al gobierno) que permitiera la consolidación institucional del gobierno. El sector de Izquierda de la UP, conformado por Vuskovic, la mayoría del PS, Jacques Chonchol y otro sector del MAPU, y la recientemente constituida Izquierda Cristiana (IC), propusieron “avanzar sin transar”, es decir, apoyarse en la movilización de masas para tomar el control de todos los sectores claves de la economía, única forma de ganar la batalla de la producción y contra el desabastecimiento, sin perder el apoyo popular, al tiempo de socavar las bases del poder económico de la burguesía, atraer los sectores democráticos de las FF.AA. y preparar el bloque popular para el enfrentamiento inevitable con el conjunto de la reacción.

Desde principios de 1972 los miristas agitamos la necesidad de reemplazar el insuficiente Programa de la UP por un nuevo Programa del Pueblo. Entre sus diez puntos fundamentales planteaba la requisición inmediata de todas las inversiones norteamericanas como respuesta a su boicot económico e injerencia golpista; la expropiación de todas las empresas claves de la industria, la distribución, la construcción; extender la reforma agraria a la expropiación a puertas cerradas de todos los fundos mayores de 40 HRB; el control obrero de todas las empresas que se mantuvieran en el sector privado; el llamado a las tropas, clases, suboficiales y oficiales democráticos a enfrentar el golpismo y unirse al pueblo; la lucha por la disolución del Parlamento y el desarrollo de órganos de poder popular a partir de los Consejos Comunales de trabajadores y campesinos. El problema no era que fuéramos “extremistas afiebrados”, sino que en su afán de buscar una ilusoria alianza con la burguesía los sectores reformistas autolimitaban las reformas económicas, sociales y políticas, debilitando la base de apoyo en el campo popular. Por ejemplo, limitar la reforma agraria a las propiedades mayores de 80 HRB significaba que sólo el 15% de los campesinos sería favorecido, pero el 75% restante formado por cientos de miles de campesinos sin tierra, trabajadores temporales, desocupados, minifundistas, quedaban excluidos del acceso a la tierra, además de dejar en manos de la burguesía agraria el 44% de la tierra más rica y mecanizada, así como el 43% de la producción agrícola del país en un momento en que los dueños de fundos estaban provocando el desabastecimiento de alimentos y especulaban en el mercado negro. ¿Cómo combatir ese desabastecimiento que afectaba principalmente a las capas populares y medias de la población si el grueso de la producción industrial orientada al consumo y la distribución comercial estaba en manos de una burguesía que boicoteaba al gobierno? ¿Cómo luchar ideológicamente contra la reacción si ésta controlaba más del 70% de los medios de comunicación? El MIR planteaba que en vez de hacer inútiles concesiones a la oposición había que profundizar las reformas y medidas que favorecían los sectores populares que eran el único respaldo real del gobierno, impulsar la organización y unidad de los de abajo y socavar las bases del poder burgués.

A pesar de que nuestras discrepancias con los sectores reformistas de la UP se agudizaban cada vez más, la política del MIR continuó siendo evitar la ruptura con ellos, participar conjuntamente en la defensa del gobierno frente al golpismo, y marchar separados en la acumulación de fuerza revolucionaria. Iniciamos una ofensiva de alianzas hacia los sectores de Izquierda de la UP con los que había

una creciente convergencia en los ámbitos locales y mucha identidad en las políticas nacionales, comenzando a levantar la política del "polo de reagrupación revolucionaria".

En el "Cónclave de El Arrayán", en marzo del 72, la Izquierda de la UP logró mantener una supremacía aparente, continuando Vuskovic al timón de la política económica pero sin instrumentos reales de implementación. En mayo se abrió un corto episodio de conversaciones entre el MIR y la UP, que se cortó por parte de ésta cuando el gobierno inició nuevas conversaciones con la DC (Allende-Fuentealba). En junio, en el "Cónclave de Lo Curro", terminó por imponerse la hegemonía del sector reformista que reemplazó a Vuskovic por Orlando Millas (PC), quien implementó una política de ajuste que disparó la inflación y no contuvo el creciente desabastecimiento, con lo cual el malestar en sectores medios y populares creció. Las conversaciones con la DC fracasaron y la oposición siguió desarrollando su estrategia de entramamiento institucional de las iniciativas gubernamentales, insurgencia civil antiinstitucional, atentados y sabotajes y aliento al golpismo militar.

Tampoco se contuvo la movilización directa de masas, ni la radicalización de sectores de la Izquierda. El 22 de julio se reunió con la participación del PS, MIR, MAPU, IC, y PR, y de numerosas organizaciones populares, la Asamblea del Pueblo de Concepción, como expresión inicial de un poder popular regional autónomo, iniciativa que fue duramente atacada por el PC y el propio presidente Allende. La animosidad de los sectores reformistas contra el MIR se profundizó, al punto que en la madrugada del 5 de agosto fue asaltado el campamento Lo Hermida por cuatrocientos policías de Investigaciones y Carabineros. Entraron disparando, matando e hiriendo a pobladores, y deteniendo a centenares de vecinos. El plan preparado por autoridades y directivos policiales comunistas y socialistas, contemplaba un operativo similar en otro campamento de liderazgo mirista, Nueva La Habana. Esta acción concitó un masivo rechazo en la mayoría de la militancia socialista y comunista. El presidente Allende intervino condenando el hecho, visitó el campamento para reunirse con los pobladores y tomó medidas administrativas y políticas para detener los planes represivos de los sectores reformistas más duros.

La UP y el gobierno perdían cada vez más su iniciativa en su lucha contra la reacción burguesa. La inflación estaba desatada, el desabastecimiento y el mercado negro se extendían, el terrorismo de derecha se multiplicó, las asonadas, marchas y agitación de la oposición eran crecientes, la campaña subversiva de la prensa y los radios opositoras era masiva y descarada. En este contexto la reacción unida en la Confederación de la Democracia (CODE), con el aliento y el financiamiento del gobierno norteamericano, lanzó su primera gran ofensiva: el paro patronal de octubre. Su punta de lanza fue el gremio transportista que agrupaba 45 mil camioneros. Pero otros gremios de comerciantes, de profesionales, de empresarios industriales y agrarios, e importantes sectores de clase media, se plegaron a la huelga sediciosa.

CONCILIACION DE CLASES O PODER POPULAR

El paro patronal tenía por propósito desestabilizar al gobierno mediante la paralización indefinida de la economía del país y la generación de una situación caótica que forzara una inmediata intervención militar para derrocar el gobierno y restablecer el orden burgués. La reacción no logró su objetivo sedicioso, pero el paro tuvo importantes repercusiones. En el plano económico, afectó gravemente el aprovisionamiento del país que ya estaba bastante deteriorado, aunque no

logró paralizar la producción industrial y agraria porque los trabajadores procedieron a ocupar muchas industrias y fundos. También se extendieron las Juntas de Abastecimiento Popular (JAP) que intervinieron en la distribución, sobre todo a nivel local. Su efecto más importante fue la polarización social, ya que amplios sectores medios se sumaron a la reacción burguesa. Pero también radicalizó al grueso de la clase obrera y de los pobres. No sólo ocuparon fábricas y campos, sino que además probaron que podían hacerlos producir sin los empresarios, lo que los reafirmó grandemente en la autovaloración de su capacidad revolucionaria. Además del desarrollo de los Comités de Autodefensa, surgieron los Cordones Industriales en la ciudad y se extendieron los Comandos Comunales en el campo, iniciándose desde la base formas elementales de poder popular. Como respuesta al Pliego de Chile que la reacción levantó como su plataforma política sediciosa, los trabajadores levantaron el Pliego del Pueblo que en lo esencial recogió la propuesta de adecuación revolucionaria del Programa de la UP que el MIR venía agitando desde principios del año.

La vasta, combativa y radical movilización de los trabajadores que hizo fracasar el paro patronal generó una coyuntura muy favorable para avanzar aceleradamente en la acumulación de fuerza revolucionaria, superar la conducción reformista, y golpear las bases de poder de la reacción. Comenzamos a impulsar la constitución de Comandos Comunales que unificaran localmente la movilización de las diferentes capas del pueblo, y sentaran las bases para la constitución de Asambleas del Pueblo regionales. Promovimos el desarrollo de las tareas de autodefensa miliciana, de control obrero, las JAP, etc. Impulsamos la difusión y discusión del Pliego del Pueblo. Redoblamos la agitación democrática hacia las FF.AA. Pero se evidenció que el MIR por sí solo no tenía la fuerza suficiente para aprovechar plenamente la coyuntura revolucionaria. Necesitábamos que también la Izquierda de la UP se volcara con decisión a la construcción del poder popular. Pero la fuerte oposición de los sectores reformistas la hicieron vacilar. Apoyaron la extensión de los Cordones Industriales, pero fueron renuentes a la organización de Comandos Comunales locales y a convocar Asambleas regionales que agruparan al pueblo en una expresión de poder independiente del gobierno y enfrentado a las instituciones parlamentaria y de justicia del Estado.

Los reformistas optaron por alentar la desmovilización de las masas llamándolas a devolver las industrias a los empresarios privados y respetar la institucionalidad vigente. El gobierno llamó a la oposición a establecer una tregua hasta las elecciones parlamentarias de marzo de 1973, cuyos resultados se esperaba que definirían la legitimidad institucional del proceso de reformas impulsado por la UP. En noviembre el presidente Allende incorporó a varios generales al gabinete, como garantes de esa institucionalidad y la paz social. La UP votó, por presión de los militares y en acuerdo con la oposición parlamentaria, la Ley de Control de Armas que supuestamente permitiría actuar sobre los grupos civiles armados que introducían la violencia con sus atentados, sabotajes y enfrentamientos a la UP. Criticamos estos pasos políticos del reformismo porque confundieron al movimiento popular, no contuvieron la subversión reaccionaria, y sobre todo otorgó a los militares un papel rector en la vida política del país. ¡Qué paradoja histórica! Fue la propia Izquierda tradicional la que promovió esta función tutelar de las FF.AA. que luego bajo la dictadura pinochetista se convertiría constitucionalmente en la columna vertebradora del nuevo Estado contrainsurgente, función que se mantiene hasta hoy.

El MIR decidió no quedarse al margen de las elecciones parlamentarias, apoyar a los candidatos del PS y de la IC más afines a nuestras políticas, aprovechando los

meses de campaña para promover el Pliego del Pueblo, los Comandos Comunales, la Asamblea del Pueblo, y la movilización por un gobierno de los trabajadores que usara el Estado como palanca de apoyo a la lucha popular. Era una forma de participación crítica en la contienda electoral que polarizaba políticamente al país, sin desviarnos de nuestro eje estratégico de acumulación independiente de fuerza revolucionaria y construcción del poder popular. Los obreros de la textil Hirmas, que no obedecieron el llamado del gobierno a devolver la industria ocupada, que impulsaron la constitución de los Comandos Comunales de Trabajadores y las tareas de autodefensa, pusieron en el frontis de la fábrica un enorme cartel que decía: "Defendamos este gobierno de mierda". Su práctica y su palabra resumieron la táctica revolucionaria.

El MIR, 35 años. Parte IV

EL FIN DE LA UNIDAD POPULAR

Haremos un alto en el recuento de la agitada lucha de clases de fines de 1972, para tocar aunque sea superficialmente algunos aspectos de la concepción y práctica organizativa del MIR durante el periodo de la Unidad Popular.

Experiencias históricas nos indicaban que habitualmente los periodos prerrevolucionarios son cortos. Tienden a desembocar rápidamente en una situación revolucionaria con el triunfo del poder popular, o la apertura de un periodo contrarrevolucionario al imponerse la reacción burguesa. El caso chileno era atípico: el periodo prerrevolucionario se prolongaba por cerca de dos años sin resolverse. Como analizaba Miguel Enríquez después de la coyuntura de Octubre, para ser "vanguardia revolucionaria" no basta proponérselo. También es necesario haber logrado una fuerte vinculación orgánica con las masas populares, en especial con la clase obrera. El MIR había logrado crecer entre los pobres del campo y la ciudad, capas del pueblo donde la influencia de la Izquierda tradicional no era tan fuerte. Pero en la clase obrera, recién estábamos logrando extender nuestra organización. Justamente era este sector donde la Izquierda tradicional tenía su anclaje más hondo y una legitimidad mayor. De allí que el papel de la Izquierda del PS en la acumulación de fuerza revolucionaria dentro de la clase obrera era clave. Pero lamentablemente sus dirigentes nunca asumieron con consecuencia las tareas de construcción del poder popular. Jamás terminaron de decidirse a romper sus ataduras con el reformismo (y sus propios intereses institucionales) para unirse con el MIR y demás sectores radicalizados en la construcción de una fuerte vanguardia revolucionaria.

Nuestra inadecuación organizativa tendió a sortearse mediante el desarrollo de lo que llamábamos "frentes intermedios" de masas: FTR (trabajadores urbanos), MCR (campesinos), MPR (pobladores), FER (estudiantes), etc. Se produjo así una dualidad en la organización. Por una parte estaba el MIR, que concebíamos como un partido centralizado, de estructura políticomilitar piramidal, semi compartimentado, formado por militantes de dedicación profesional o casi profesional, muy selectivo y exigente en el reclutamiento que se relacionaba con el movimiento de masas a través de los frentes intermedios. Por otra, estos frentes muy enraizados en los sectores de masas donde se construían, abiertos y sin compartimentación, muy flexibles en sus modalidades orgánicas y exigencias de reclutamiento, cuyos miembros se identificaban como miristas. En la práctica ambos operaban como una sola organización política tensionada por la dinámica de conducción vertical, uniformadora, que venía desde el "partido", y la dinámica

más democrática, expresión de la diversidad de los sectores sociales donde se anclaban los "frentes intermedios". Al iniciarse el período prerrevolucionario el MIR no debe haber superado los tres mil miembros. En 1973 el "partido" se acercaba a los diez mil miembros, y la suma de los "frentes intermedios" superaba los treinta mil. En conjunto el mirismo organizado agrupó entre 40 y 45 mil personas, logrando una influencia de masas aún mucho más amplia.

A partir de 1972 comenzó a discutirse en el MIR la necesidad de adecuar nuestra organización al período. No había problema de liderazgo porque la legitimidad de Miguel fue acompañada por un proceso de ampliación de los órganos de dirección colectiva y la cooptación de dirigentes que tenían fuerte respaldo de base. Fluía un permanente intercambio interno de información y se alentó la discusión en todos los niveles. Pero esta tendencia a la disminución del centralismo y aumento de la democracia interna, no fue suficiente.

NUEVA OFENSIVA GOLPISTA

Ni el gobierno ni la oposición obtuvieron el resultado deseado en las elecciones parlamentarias de marzo de 1973. La UP logró una importante votación (44%), pero no el control del Parlamento. Los sectores hegemónicos en la UP siguieron apostando a una alianza con la DC que permitiera conformar un gobierno de centro que resolviera institucionalmente la crisis política, combatiendo y aislando tanto a los sectores extremistas de derecha como de izquierda.

Renán Fuentealba fue reemplazado en la conducción de la DC por Patricio Aylwin que representaba la línea dura, es decir, la estrategia de detener el "avance del marxismo" utilizando todos los mecanismos, incluidas la subversión civil y la intervención militar. Así, la reacción en su conjunto, convergió en la opción golpista. Desde abril, con la huelga de los mineros de El Teniente y su marcha a la capital, la reacción volvió a desatar una nueva ofensiva intensificando la sedición abierta y los llamados a la insubordinación militar.

Por nuestra parte convocamos a la Izquierda y al movimiento de masas a enfrentar la ofensiva desplegando una contraofensiva revolucionaria que se apoyara en la movilización directa de masas para debilitar las bases del poder burgués, organizar y defender el poder popular y ganar a los sectores democráticos de las FF.AA. En esos meses se intensificaron las alianzas y el trabajo conjunto con los sectores de Izquierda de la UP en los frentes y regiones.

Como encargado del MIR para el trabajo democrático hacia las FF.AA., me correspondió organizar en una vieja quinta cercana a Puente Alto una reunión de Miguel, Carlos Altamirano (secretario general del PS) y Oscar Guillermo Garretón (secretario general del MAPU) con una delegación de suboficiales y marineros democráticos. Ellos se habían organizado en oposición a los oficiales golpistas de la Armada. Confirmaron lo que ya sabíamos: la activación sediciosa de la oficialidad golpista era creciente en todas las instituciones armadas, pero también había oficiales y, sobre todo, suboficiales, clases y soldados que se oponían al golpismo y simpatizaban con el gobierno popular. Esto lo conocíamos pues desde el año 69 veníamos vinculándonos con uniformados progresistas. Muchos se incorporaron como militantes al MIR y lucharon contra la dictadura, algunos entregando generosamente sus vidas como el teniente Mario Melo Pradenas, del ejército, Carlos Díaz Cáceres, suboficial de la Marina, Enrique Reyes Manríquez, un joven y alegre cabo 1° de la FACH, y como hicieron también otros miembros democráticos de las FF.AA. La mayoría de los uniformados antigolpistas con que estábamos vinculados no eran miristas. Recuerdo con

aprecio y respeto al coronel Ominami de la FACH, a cargo del arsenal en la Base Aérea de El Bosque. El solicitó a mi madre, la diputada Laura Allende, un encuentro para contarle cómo estaban operando altos oficiales golpistas en su arma, reemplazando a los oficiales democráticos del mando de unidades claves, extendiendo la sedición, mientras los oficiales que se oponían al golpe no recibían apoyo del gobierno. En esa conversación a la cual mi madre me pidió que asistiera, el coronel Ominami le pidió que informara al presidente de esta situación, y le dijera que otros oficiales que como él estaban dispuestos a defender al gobierno, le solicitaban una entrevista. Allende nunca concedió esa entrevista, ni otras que me consta le fueron solicitadas por otros oficiales y suboficiales. Su política siempre fue no pasar por sobre los altos mandos y no intervenir dentro de las instituciones armadas.

Relato esto porque difiero del pesimismo histórico que sostiene que no había otra posibilidad que esa prescindencia ya que los únicos que podían detener el golpismo eran los mandos constitucionalistas de las FF.AA. Esto no significa desconocer la consecuencia democrática y la lealtad con el presidente constitucional que demostraron el general Carlos Prats y ese puñado de oficiales superiores que le secundó. Además de apoyarse en esos altos mandos, el gobierno de la Unidad Popular pudo haber organizado y respaldado un número importante de oficiales medios y bajos, además de la gran masa de tropa que tenía simpatía por el gobierno. Prats y los mandos constitucionalistas hubieran contado así con un firme respaldo de sectores corporativos.

Tuve el privilegio de conversar en aquella época con ese gran socialista que fue el general Alberto Bachelet, y reunirme con otros coroneles, mayores y capitanes que simpatizaban con Allende y su partido. Ellos reclamaban una política del gobierno más ofensiva contra la oficialidad sediciosa y coordinar a los uniformados democráticos con las organizaciones populares para que ante un peligro de golpe, ellos pudieran dotarlas de armas de las propias FF.AA. Del Ministerio del Interior dependía Carabineros y la policía civil, donde el gobierno tenía más apoyo. Pudo haber fortalecido esos cuerpos con personal de confianza, creando algún contrapeso a las instituciones de la Defensa. Existía la Ley de Defensa Civil de 1945 que orientaba la organización de cuerpos civiles y su coordinación con las instituciones policiales y militares para situaciones de desastre o conmoción, que el gobierno pudo haber aprovechado para desarrollar formas de autodefensa de los simpatizantes del gobierno. Tanto en el campo como en la ciudad había miles de trabajadores dispuestos a empuñar las armas en defensa del gobierno popular. En varias ocasiones solicitamos al comandante Fidel Castro que nos apoyara con armamento para el desarrollo de milicias populares. El nos respondió invariablemente que lo haría siempre que el presidente Allende lo autorizara. Y el presidente jamás lo aceptó. Salvo algún armamento menor e instrucción para la seguridad personal y resguardo de algunos locales, el gobierno nunca aceptó formar mandos militares propios ni traer medios para el armamento del pueblo. La articulación de estos factores hubiera permitido construir una capacidad propia de defensa del gobierno popular apoyándose en palancas institucionales, pero sobre todo en la disposición de lucha del pueblo organizado. Se argumentará que ello hubiera precipitado un quiebre de las FF.AA. y una guerra civil. Pero la historia ha demostrado que la renuencia del reformismo a desarrollar una capacidad propia de defensa del gobierno popular, la incorporación de los militares al gobierno, y concesiones a la reacción como la devolución de empresas, la Ley de Control de Armas, etc., no impidieron el derrocamiento del gobierno y que la oficialidad golpista, apoyada por el conjunto de la reacción, desatara una sangrienta guerra

contra el movimiento popular desarmado. Nos correspondió a Miguel, a Arturo Villabela y a mí, elaborar el plan estratégico de lucha políticamilitar contra el golpismo que fue aprobado por el comité central del MIR en febrero de 1972. Releyéndolo con la perspectiva del tiempo y el conocimiento del desenlace histórico, se puede constatar que padecía de la incertidumbre fundamental que tuvo el desempeño estratégico del MIR en el período prerrevolucionario.

"Seríamos capaces de ganar la carrera contra el tiempo en la acumulación de fuerza revolucionaria (social, política, militar e ideológica) como para sobrepasar la conducción reformista y tomar la iniciativa en el enfrentamiento directo al golpismo, logrando el triunfo, o al menos una continuidad de la lucha revolucionaria en condiciones de mayor equilibrio de fuerzas políticomilitares" Intentamos encarar esta disyuntiva diseñando un plan que contemplaba la constitución de fuerzas que pudieran operar en los espacios territoriales y en condiciones alternativas. Pero el problema era que para tomar la iniciativa de golpear ofensivamente a los golpistas y derrotarlos, teníamos que hacerlo en los espacios urbanos, constituyendo amplias unidades milicianas regulares, articuladas con las tropas militares que pudiéramos desgajar de las instituciones armadas, todo ello acompañado de la organización del poder popular de masas. Si apostábamos a que no habría tiempo para acumular la fuerza para derrotar de inmediato al golpismo, nuestra estrategia debía ser defensiva, centrando esfuerzos en preparar condiciones para el repliegue a territorios rurales de topografía más favorable para la resistencia mediante unidades guerrilleras irregulares, y grupos clandestinos que operaran en los espacios urbanos y suburbanos. También había que prepararse para una resistencia política e ideológica en condiciones represivas muy duras, lo cual no es fácil cuando el movimiento de masas está todavía desplegando una amplia lucha social y política abierta. Al no decidirnos por una opción e intentar prepararnos para las dos, cometimos un grave error estratégico. Carecíamos de tiempo para la construcción de fuerza suficiente para ocupar todos esos espacios y constituir los distintos tipos de fuerza a la vez.

Dispersamos nuestra limitada capacidad, nos organizamos de una forma híbrida que, como veremos más adelante, neutralizó la eficiencia táctica ante una u otra posibilidad. Lamentablemente, hay situaciones de la lucha de clases que no se compadecen con las opciones intermedias.

A fines de 1972 se constituyó un grupo conspirativo de quince generales, cinco por cada rama. En mayo de 1973 habían decidido dar el golpe en el mes de junio, para lo cual contaban con la I, II y IV Divisiones del ejército y sectores de la Marina, Aviación y Carabineros. En la III División correspondiente a la capital, todavía los oficiales constitucionalistas eran fuertes. El complot fue detectado por el SIM, que alertó al comandante en jefe del ejército, procediendo éste a ordenar la detención de varios oficiales el 25 y 26 de junio. Ello produjo el repliegue de los conspiradores, pero el 29 de junio el comandante Souper sublevó al Regimiento Blindado N° 2, dirigiéndose hacia el centro de la ciudad con una columna de tanques y carros blindados. Con el apoyo de civiles armados de Patria y Libertad, procedieron a atacar el palacio de La Moneda y el Ministerio de Defensa, donde liberaron a los oficiales detenidos. Mientras de La Moneda respondían el fuego, el general Prats movilizó las unidades leales y cercó a los sublevados, tras lo cual procedió a caminar, acompañado sólo de dos oficiales, hacia los blindados a los que conminó a rendirse. Todos se rindieron, salvo un tanque que huyó. La sublevación del Regimiento Blindado produjo un estado de gran deliberación de los oficiales golpistas, que en algunas unidades intentaron apoyar a los

sublevados. Esto se frustró por la negativa de los uniformados antigolpistas, en especial de los suboficiales y tropa. Pero la situación seguía siendo de gran tensión pues todavía no se sabía cómo reaccionarían las unidades en otras Divisiones, y si podían sumarse sectores de otras ramas de las FF.AA. Alrededor de las 11:30 de la mañana Prats y el general Sepúlveda se reunieron con el presidente que había llegado a La Moneda, para informarle de la situación.

Los miembros de la comisión política nos concentramos en una casa prevista para tal efecto, al igual que el resto de las direcciones intermedias y unidades del MIR lo hicieron en sus respectivos lugares de acuartelamiento. Miguel se comunicó con el general Carlos Prats, manifestándole que si lo requería podía contar con nosotros en la lucha contra los golpistas y le comentó que había visto un tanque alejarse del centro de la ciudad. Prats, que estaba enojado porque ese blindado se había escapado le dijo Miguel que si lo ubicaba lo detuviera. Miguel orientó a una unidad de la fuerza central del MIR salir a enfrentar el tanque lo cual no se logró por lo lento que era poner en pie de combate a unidades compartimentadas con deficientes medios de comunicación, cuyos miembros vivían y trabajaban en distintos lugares, y cuyas armas debía recibirlas de una unidad de logística que estaba a cargo de un depósito secreto. Igualmente lento fue poner en funcionamiento la red clandestina que coordinaba a los miembros de las FF.AA., los cuales habían sido acuartelados en sus respectivas unidades militares, lo que dificultaba el contacto. Se evidenciaron así las limitaciones tácticas que tenía nuestra estrategia híbrida de construcción de fuerza.

La respuesta popular al llamado del presidente Allende a movilizarse contra el intento golpista de junio, ocupando los centros de trabajo y advirtiendo que si era necesario armaría al pueblo, fue extraordinaria. Cientos de fábricas, escuelas, campos, oficinas públicas, otras entidades fueron ocupadas a través del país, manifestándose un resuelto ánimo combativo. Interminables columnas de trabajadores, pobladores, estudiantes, confluyeron frente al palacio de La Moneda, donde la multitud pedía castigo a los golpistas. Los compañeros de las FF.AA. nos informaban que los oficiales golpistas estaban en repliegue, que el ánimo de los uniformados antigolpistas era combativo y reclamaban pasar a la ofensiva para golpear a los sediciosos. Esa tarde con Miguel y otros miembros de la dirección analizamos si no era el momento de tomar por nuestra cuenta la iniciativa, con la participación de grupos de uniformados organizados, entregar armas a las organizaciones milicianas, ocupar las unidades militares que fuera posible, y proceder a detener a los oficiales golpistas. Para que resultara había que actuar de inmediato, esa misma noche, aprovechando el desconcierto golpista. La preocupación de Miguel era que, si dábamos ese paso, había un grave riesgo de que el gobierno y el alto mando nos reprimiera, la Izquierda de la UP no nos apoyara, y quedáramos políticamente aislados. No teníamos tiempo para consultar a los sectores más afines de la Izquierda. Nunca el movimiento de masas había alcanzado tan alto nivel de combatividad, estábamos seguros que la respuesta de los sectores populares más radicalizados sería entusiasta. Pero tampoco podíamos cerrar los ojos al hecho de que Allende y los sectores reformistas mantenían un fuerte liderazgo sobre el movimiento de masas y podían neutralizar, o incluso poner en contra nuestra, a los sectores menos radicalizados. Si teníamos éxito, lograríamos un atajo que aceleraría la acumulación de fuerza y generaría una situación revolucionaria, pero si nos equivocábamos el retroceso sería enorme. En la duda, preferimos esperar. A veces pienso que hicimos bien, otras me parece que por esa decisión perdimos la iniciativa estratégica revolucionaria.

OFENSIVA FINAL

Superado el "tanquetazo", el gobierno volvió a la misma política: insistió en la búsqueda de acuerdos con la DC. Para favorecer ese acercamiento hizo concesiones, como alentar la desmovilización de masas, llamar a devolver las empresas ocupadas, y combatir la constitución de órganos de poder popular locales, aceptar que las FF.AA. amparadas en la Ley de Control de Armas comenzaran a allanar las industrias y campos ocupados, desalojando violentamente a los trabajadores, así como a rastrillar las poblaciones en la supuesta búsqueda de armas con el propósito de aterrorizar al movimiento de masas. Como respuesta al llamado del cardenal Raúl Silva Henríquez a un diálogo de concordia nacional, se reunieron a fines de julio, Allende y Aylwin. Pero la DC no satisfecha con las concesiones, exigió el nombramiento de un Gabinete con representación mayoritaria de las FF.AA. y que éstas pudieran actuar con autonomía para restablecer el orden institucional. Ello significaba pedir al presidente su capitulación, una suerte de golpe legal.

Mientras tanto, la reacción en su conjunto se había lanzado en una nueva ofensiva sediciosa. Se multiplicaron los atentados y sabotajes que los grupos terroristas realizaban con impunidad y bajo la mirada complaciente de las FF.AA. El 26 de julio fue asesinado el comandante Arturo Araya, edecán naval y amigo del presidente. Los transportistas se lanzaron a otro paro indefinido, al cual se sumaron comerciantes y profesionales, intensificándose el boicot empresarial, acompañado de un intenso hostigamiento parlamentario y una subversiva campaña de prensa. Desde Estados Unidos llegaba generoso apoyo financiero y asesoramiento para los golpistas. El gobierno no sólo perdió todo el control de la economía, que se debatía entre la hiperinflación y el desabastecimiento, sino que tampoco pudo hacer nada efectivo contra la subversión reaccionaria.

El 17 de julio el MIR realizó un combativo acto de masas en el Teatro Caupolicán. Además de Miguel Enríquez habló Carlos Altamirano. Las agudas contradicciones entre el sector reformista agrupado alrededor de Allende y la Izquierda de la UP llevaron a un virtual colapso de la conducción colectiva de este frente. El PS y el MAPU radicalizaron verbalmente sus políticas, rechazando todo intento de alianza con la DC. Propiciaron abiertamente el poder popular alternativo, la disolución del Congreso y el armamento del pueblo. La reagrupación revolucionaria al margen de la UP parecía una posibilidad inminente y la influencia política del MIR creció. Pero al mismo tiempo las claudicantes políticas gubernamentales produjeron desconcierto, confusión y luego una creciente desilusión popular. El ascenso de la movilización de masas que había alcanzado su cumbre más alta como respuesta al "tanquetazo", inició a partir de julio una rápida declinación. Al punto que se podría situar en ese momento el inicio de un período contrarrevolucionario.

Salvo la aplicación a los sublevados de penas absurdas por lo leves, el gobierno no tomó medida alguna con los sectores uniformados comprometidos con el "tanquetazo". Ello alentó a los golpistas a retomar la iniciativa. La incorporación en agosto, después del fracaso del diálogo UPDC, de tres generales (entre ellos Prats) al Gabinete, intensificó la agitación sediciosa hacia las FF.AA. A principios de agosto, junto con ordenar el acuartelamiento de su personal, los altos mandos de la Marina desencadenaron una fuerte represión interna deteniendo a más de trescientos suboficiales y marineros antigolpistas, salvajemente torturados. En otras ramas de las FF.AA. se procedió a relevar, licenciar, y sancionar a los uniformados democráticos.

La desmoralización cundió entre los oficiales, suboficiales y tropa antigolpista, que veía que su gobierno los dejaba en la indefensión y no hacía nada ante el avance de la sedición. A mediados de agosto los altos mandos golpistas de la Marina y de la Aviación eran mayoría aunque en el ejército todavía eran minoritarios. La mayoría de los generales del ejército se inclinaba todavía por obligar a Allende a ceder el poder a las FF.AA., mediante un Gabinete sólo militar, o su dimisión. Esta forma de "golpe blando" la DC lo alentaba en la expectativa de que Eduardo Frei, como presidente del Senado, recibiría el poder. Los partidarios de un "golpe duro" eran todavía minoría. Pero ambos bandos se unieron para desbancar a los generales constitucionalistas liderados por Prats que exigían respeto a la institucionalidad y el acatamiento de la autoridad presidencial. El instrumento fue una provocación de esposas de oficiales que fueron a la casa del comandante en jefe a exigir su renuncia. Cuando Prats pidió al cuerpo de generales que firmara un documento de desagravio, más de la mitad se negó. Esto lo llevó a presentar su renuncia indeclinable para mantener la unidad corporativa, siendo reemplazado por Augusto Pinochet. Ese mismo día 22 de agosto la DC y la derecha aprueban una resolución de la Cámara de Diputados declarando "ilegal" al gobierno. La suerte del gobierno estaba echada.

A partir de julio, en una nueva carrera contra el tiempo, procuramos intensificar la preparación de condiciones para un repliegue de las direcciones del MIR y de nuestra limitada fuerza militar hacia zonas rurales. Nos dimos cuenta que ya no habían condiciones para una contraofensiva revolucionaria, aunque sin abandonar la idea de acompañar a los sectores de masas más radicalizados en una resistencia urbana inicial para luego replegarnos con mayor fuerza y legitimidad. El problema fue que en agosto nos dimos cuenta que la desmoralización y persecución de los oficiales y suboficiales antigolpistas al interior de las FF.AA. era tanta, que no podríamos contar con ellos para obtener armas.

Nosotros no alcanzábamos a reunir más de doscientas armas de guerra, por lo que dependíamos de lo que pudiéramos obtener de las FF.AA. y los grupos de seguridad del gobierno.

Junto con la represión a la marinería, el fiscal naval pidió a fines de agosto el desafuero de Altamirano y Garretón, y dio orden de captura de Miguel y otros compañeros vinculados al trabajo democrático hacia las FF.AA., de modo que nos vimos obligados a pasar a la clandestinidad, lo que entrabó nuestros movimientos. Para entonces el gobierno designó su undécimo gabinete incorporando a cuatro altos mandos de las FF.AA. poco relevantes. Sabíamos que el presidente Allende, en una acción desesperada, se proponía convocar en los próximos días a un plebiscito que, probablemente perdería. Esto hacía pensar que se impondría la opción del "golpe blando" que, manteniendo una fachada institucional, profundizaría la represión contra los sectores revolucionarios y el movimiento de masas. Pero los militares partidarios del "golpe duro" lograron imponerse y se adelantaron a desencadenar su sangriento golpe el 11 de septiembre. Al día siguiente el presidente Allende se proponía anunciar el plebiscito en un acto que se realizaría en la Universidad Técnica del Estado.

EL GOLPE MILITAR

Como Miguel y otros compañeros de la dirección del MIR teníamos orden de detención de la fiscalía naval, nos reuníamos en distintos lugares y de noche dormíamos en casas seguras. Esa noche lo hice en un departamento que consiguió James (Patricio Munita Castillo), y que nadie más conocía. Mientras me

duchaba temprano, James me avisó que en la radio estaban informando de movimientos de tropa. Salimos a la carrera dirigiéndonos a un local de la fuerza central de MIR, desde donde contacté a los compañeros que trabajaban en nuestra red en las FF.AA. Me informaron que la noche anterior habían comenzado a recibir avisos de Valparaíso de movimiento de los marinos, del desplazamiento de tropas desde Los Andes, que parecía que esta vez la sublevación era en serio. Nuestros compañeros uniformados estaban movilizados y no lograban contactarlos. Yo tenía orientación de Miguel de que ante una situación de este tipo me dirigiera de inmediato a la embajada cubana, lo que hice acompañado de Arturo Villabela y otro compañero de las tareas militares. Estaba allí un grupo derechista armado y carabineros que comenzaron a montar una barricada con maderos y tanques de gasolina vacíos para impedir la entrada o salida de gente. Ante el peligro de quedar encerrados decidimos salir de inmediato. Yo manejaba una camioneta, y atrás estaban Arturo y otro compañero. Nos detuvimos frente a la barricada pidiendo que nos abrieran paso, pero uno de los civiles armados se acercó a la ventanilla, me reconoció y apuntando hacia el vehículo, gritó: "¡Es Pascal Allende, son del MIR!" Mis acompañantes, reaccionaron rápido, abriendo fuego contra los carabineros y civiles armados, mientras yo embestía con la camioneta y escapábamos aceleradamente por Pedro de Valdivia en dirección al sur. El vehículo quedó lleno de impactos, pero ninguno de nosotros resultó herido.

Nos dirigimos a una casa de San Miguel donde estaba acuartelada la comisión política. En la calle había un intenso movimiento de autos y compañeros. Junto con nosotros llegó otra camioneta con armamento que compañeros socialistas habían retirado de la casa presidencial de Tomás Moro. Encontré a Miguel dándole instrucciones a distintos compañeros, comunicándose por teléfono, desesperado por las dificultades para contactar a otros. La información evidenciaba que los golpistas empezaban a controlar las principales arterias de la ciudad, colocaban retenes, impidiendo el traslado de armamento casero y de las pocas armas que disponíamos, dificultando y retrasando la constitución de las unidades operativas, que había industrias ocupadas por trabajadores con ánimo de resistencia y a la espera de armas que nunca recibieron, pero que el grueso del movimiento de masas estaba desconfiado, desconcertado y atemorizado. La radio del MIR había sido copada a las 7 de la mañana. Tampoco Miguel lograba establecer comunicaciones con provincias. Me contó que había logrado contactarse con La Moneda y hablar con Beatriz Allende, ofreciéndole al presidente apoyarlo con una columna de combatientes para que pudiera replegarse hacia el barrio industrial donde había mejores posibilidades de resistencia. Allende le mandó a decir con Tati que no se movería de La Moneda, aunque muriera allí, y que ahora le tocaba a Miguel seguir adelante... Le expliqué que todas las unidades de las FF.AA. estaban movilizadas y que nuestros encargados de la coordinación con los compañeros uniformados me habían dicho que los intentos de contactarlos eran infructuosos, que no podíamos contar con su apoyo.

Miguel y Humberto Sotomayor estaban saliendo en ese momento hacia la industria Indumet, que se encontraba relativamente cerca. Allí estaban acuartelados Arnoldo Camú, Rolando Calderón y un contingente de compañeros socialistas armados. Miguel, con la intención de coordinar la resistencia, se había encontrado temprano con esos dirigentes del Partido Socialista y un dirigente del Partido Comunista que manifestó que su partido estaba esperando ver si los militares cerraban o no el Parlamento para decidir qué curso de acción seguir. Los compañeros habían informado que Carlos Altamirano llegaría en un rato

más, por lo cual Miguel había decidido volver más tarde a encontrarse con él. Lo acompañamos Arturo Villabela, Humberto Sotomayor y yo. Por el camino nos encontramos con León, un compañero de logística, al cual Miguel le hizo señas para que nos siguiera. En Indumet nos informaron que Altamirano no había llegado. Minutos antes de que una unidad de carabineros se desplegara frente a la entrada principal de la industria, llegó Rafael Ruiz Moscatelli con otros compañeros que traían más armamento de Tomás Moro y que comenzaron a repartir entre los socialistas que estaban acuartelados allí. En eso se inició un intenso intercambio de fuego con los sitiadores. Como nosotros andábamos sólo con armas cortas, nos entregaron unos fusiles AK. Miguel con otros compañeros empujaron unos vehículos para bloquear la entrada y parapetarse.

Pronto se evidenció que no sólo era imposible hacer retroceder a los golpistas, sino que además corriamos el peligro de que éstos cercaran el recinto. Se decidió entonces romper el cerco por la parte posterior. Se formó una pequeña columna que encabezó Miguel, nosotros que no nos despegábamos de él para protegerlo y nos seguía un buen número de compañeros socialistas. Al salir a la calle nos encontramos a boca de jarro con otra columna de carabineros que intentaba cerrar el cerco, produciéndose un enfrentamiento a corta distancia al descubierto. Instintivamente abrimos fuego más rápido que el enemigo, haciéndole varias bajas. El grueso de la columna que nos seguía retrocedió, replegándose a una industria cuyo ingreso estaba al otro costado de la calle. Entre ellos, nuestro compañero León que posteriormente fue muerto en ese lugar. Miguel, que a toda costa quería romper el cerco para volver a reunirse con el resto de la dirección, nos ordenó seguir adelante para lo cual tuvimos que cruzar la calle bajo fuego, donde había retrocedido y vuelto a parapetarse la columna de carabineros, dirigiéndonos a la Población La Legua. Como ninguno de nosotros conocía el barrio fuimos a parar frente a un cuartel de Carabineros. Estos estaban atrincherados con ametralladoras punto 30, con las que abrieron fuego. Afortunadamente no tenían buena puntería y logramos salir ilesos de este segundo enfrentamiento, sortear esa posición y perdernos en la población.

Después de requisar un auto que encontramos en el camino y de encontrarnos por tercera vez con el enemigo (esta vez un retén callejero de soldados de la FACH que no nos dispararon), logramos llegar por calles interiores hasta la casa donde estaban acuartelados Bautista von Schouwen, Edgardo Enríquez y otros compañeros de la dirección. Era ya pasado las cuatro de la tarde. Los compañeros nos informaron que La Moneda había sido bombardeada y que se decía que el presidente Allende había muerto cumpliendo su palabra de que no se rendiría ante los golpistas. Miguel se sentó y estaba pálido, conmovido, la mirada fija en el fusil que mantenía sobre las piernas. Guardó un prolongado silencio que compartimos con él.

Las noticias que recibimos durante la tarde evidenciaban que la resistencia era muy dispersa y fragmentaria, focos de resistencia aislados en algunas industrias, francotiradores en el centro, en algunas universidades, incapaces de detener el golpe sangriento y la represión masiva que se desató sobre el movimiento popular. No quedaba otra opción que replegarse lo más ordenadamente posible a la clandestinidad y desde allí reorganizarse para iniciar la resistencia a la dictadura militar. Miguel recordaría después: "...si bien todos fuimos invadidos por la sensación de cólera e impotencia, las condiciones objetivas imponían el repliegue..."

El MIR, 35 años. Parte V

SE DESATA LA GUERRA CONTRA EL PUEBLO.

Los golpistas implantaron el toque de queda. Al caer la noche del 11 de septiembre sobre Santiago, las calles de San Miguel estaban desiertas. Sólo escuchábamos el murmullo sordo de los transportes militares que trasladaban tropas y prisioneros por la cercana Gran Avenida. Aprovechando las sombras protectoras los miembros de la comisión política del MIR fuimos dispersándonos discretamente del lugar donde estábamos acuartelados hacia diversas casas cercanas donde nos dieron refugio. Con Bautista van Schouwen, Edgardo Enríquez, y otros compañeros, pasamos esa primera noche en vela, atentos al ruido de los vehículos militares que pasaban patrullando, conversando en voz baja para no despertar a los dueños de casa que seguramente estaban tan desvelados y alertas como nosotros. A la mañana siguiente me trasladé a casa de Mario, un empleado público allendista. El y su familia me acogieron con mucho cariño y siguieron apoyándome por mucho tiempo para que pudiera sobrevivir en la clandestinidad. Años después fueron detenidos, torturados y expulsados del país. Como ellos, muchas familias y personas con gran riesgo, generosidad y valentía ayudaron a los perseguidos por la dictadura. Estos "ayudistas", como los llamábamos, son los héroes anónimos pocas veces recordados que pusieron la primera piedra de la larga lucha antidictatorial.

Luego de eliminar los focos de resistencia inicial a su acción golpista del 11 de septiembre, los militares desplegaron durante las semanas siguientes un gigantesco operativo de búsqueda de dirigentes y militantes de los partidos de Izquierda, y de represión masiva. Miles de hogares fueron allanados, rastrillaron industrias, campus universitarios, oficinas públicas, barrios populares. Por la televisión y prensa se difundían fotos y listas de perseguidos, alentando a la población al soplónaje. Más de cien mil chilenos (y también centenares de extranjeros) sindicados de izquierdistas, o simplemente sospechosos, fueron detenidos en las primeras semanas, siendo llevados a unidades militares o concentrados en los estadios, donde fueron interrogados, un gran número torturados y muchos fusilados.

También la resistencia al golpe en el campo fue débil. Pero hubo grupos de militantes de Izquierda que se replegaron hacia zonas montañosas (Río Negro en la cordillera de la costa de Osorno, Nahuelbuta, Rahue Alto, Panguipulli donde un grupo de miristas encabezados por Gregorio Liendo se enfrentaron a los carabineros, etc.) y otros que cruzaron los pasos cordilleranos hacia Argentina. El terror se extendió en las áreas rurales donde participaron en la represión, además de los uniformados, muchos grupos patronales.

Nunca se conocerán cifras exactas de chilenos que fueron asesinados el día del golpe y en los meses siguientes. Pero organismos internacionales consideran que se acercan a los quince mil. Los detenidos se estima que superaron los 150 mil, ya que sólo por los campos de concentración pasaron más de 45 mil prisioneros. Decenas de miles fueron expulsados del país o salieron asilándose en embajadas (sólo durante el primer mes de dictadura, los gobiernos extranjeros, pidieron más de diez mil salvoconductos), además de los cientos que huyeron a través de pasos fronterizos.

A la represión física, se agregó la represión institucional. Desde el primer momento la Corte Suprema apoyó el golpe y legitimó la Junta Militar de

Gobierno, subordinando el sistema de justicia civil a la arbitraria "justicia militar" y negándose a respetar el derecho de habeas corpus. El 12 de septiembre la Junta Militar declaró interinos a todos los empleados públicos; el 17 ilegalizó la CUT; el 24 disolvió el Congreso; el 1° de octubre intervino con rectores militares todas las universidades; el 8 ilegalizó todos los partidos de Izquierda. Sólo en el sector público fueron exonerados 50 mil empleados; cerca de cinco mil funcionarios y académicos, y más de veinte mil estudiantes fueron expulsados de las universidades. Nadie sabe a cuántos miles de obreros industriales y trabajadores agrícolas los echaron. Ni tampoco se ha hecho una cuenta cierta de cuántas casas y vehículos fueron arrebatados, cuántos hogares fueron saqueados, cuántos negocios, campos, y otros bienes fueron robados por los militares y la derecha golpista. Tampoco se ha destapado jamás la nauseabunda olla del saqueo de los bienes estatales que bajo la figura de las "privatizaciones" enriquecieron a altos oficiales y a sus aliados empresarios.

En toda la historia republicana, ni bajo la colonia española, hubo en nuestra patria un genocidio tan masivo, ni se emplearon métodos represivos tan brutales, ni se desató una persecución institucional tan extendida, ni se realizó un robo tan grande de bienes sociales, como los llevados a cabo por la dictadura militar. Esta guerra al pueblo fue alentada, avalada y apoyada, no sólo por la derecha política y económica, sino también por dirigentes demócratacristianos como el ex presidente Patricio Aylwin que justificó el golpe militar comparando a Allende con Hitler, o el ex presidente Frei Montalva que agradeció públicamente a los militares golpistas que "salvaron a la patria". Incluso hubo sectores de la jerarquía eclesiástica que ensuciaron la palabra de Dios para legitimar abiertamente tan terrible violación de los derechos humanos de su pueblo. No es de extrañar, que todos traten de silenciar y hacer olvidar esa terrible realidad, reclamando el perdón de los crímenes y la reconciliación con los criminales. Lo increíble es que en ese propósito cuenten hoy con la ayuda de autoridades gubernamentales y dirigentes políticos concertacionistas que participaron en la UP y fueron compañeros de las víctimas de esa verdadera guerra al pueblo.

INICIO DE LA RESISTENCIA POPULAR

Después del golpe nuestros esfuerzos se centraron en la reorganización clandestina del MIR. No era tarea fácil sumergir un movimiento que se había desarrollado bajo condiciones de amplias libertades democráticas y de lucha política y social abierta. Nos ayudó la experiencia clandestina de los años 69-70, que en el período de la UP mantuvimos ciertas normas de seguridad, y que previo al golpe la dirección preparó algunas casas de seguridad, depósitos clandestinos de armas, habilitación de documentación falsa, y otros medios de clandestinidad. Pero no era suficiente para asegurar el resguardo de los dirigentes nacionales y regionales, y de varios cientos de cuadros y militantes perseguidos por la dictadura.

Miguel nos dio el ejemplo: premunido de la documentación que respaldaba su nueva identidad como un profesional acomodado y militante del derechista Partido Nacional, sin bigotes y con el pelo rizado, vestido elegantemente, se movilizaba en auto acompañado de Carmen Castillo reconectando compañeros, consiguiéndoles casas de seguridad y trasladándolos; organizando puntos de contacto, sistemas de enlaces y traslado de mensajes que aseguraran la comunicación secreta entre los cuadros de dirección; orientando a éstos en las tareas de reorganización clandestina, normas de compartimentación a aplicar en las estructuras partidarias, y formas de revincularse con los frentes sociales; impulsando la retoma de contacto con las provincias; planificando la

recuperación de algunos armamentos y la reestructuración de las tareas de resistencia; el establecimiento de contacto con los demás partidos de Izquierda y sectores antigolpistas de la DC, para alentar la unidad antidictatorial; el desarrollo de las comunicaciones con el exterior que permitieran canalizar el apoyo internacional y en especial el proceso de constitución de la Junta de Coordinación Revolucionaria del Cono Sur, con el PRT-ERP en Argentina, los Tupamaros en Uruguay y el ELN en Bolivia.

Hacia fines de 1973, la comisión política y el grueso de los dirigentes nacionales, así como varios centenares de cuadros medios y militantes habíamos logrado resguardarnos en la clandestinidad y avanzábamos en la reestructuración del MIR. Incluso uno de los principales problemas, la reorganización de muchos dirigentes y cuadros de provincias que se habían replegado a Santiago, agrupándose en lo que llamamos las "colonias", empezaba a solucionarse con su distribución hacia otras regiones del país donde no eran conocidos.

Con el tiempo ha sido posible formarse una idea más completa de lo brutal y masiva que fue la represión, pero en las primeras semanas era difícil medir cuánto había afectado al movimiento de masas, a los demás partidos de la Izquierda e incluso a nuestra propia organización.

En esas primeras semanas había un sentimiento de incredulidad. Corrían rumores de que el general Carlos Prats estaba rearticulando a los sectores democráticos de las FF.AA. Se comentaba que Carlos Altamirano (secretario general del Partido Socialista) permanecía en la clandestinidad. Aunque Corvalán había sido detenido a fines de septiembre, se decía que el Partido Comunista se reorganizaba bajo la conducción del subsecretario, Víctor Díaz. Recibíamos informaciones de que en sectores de base de la Izquierda persistía un ánimo de lucha, de que había grupos obreros que realizaban formas de sabotaje en sus industrias, que en las poblaciones se conformaban redes de apoyo, en los campos de concentración los compañeros se organizaban unitariamente y mantenían su espíritu en alto.

Nuestro juicio era que la represión había forzado al movimiento de masas a un profundo repliegue, que sus organizaciones estaban fuertemente golpeadas, pero que no había sido aplastado. Percibíamos que en sectores medios que habían apoyado el golpe, el entusiasmo inicial daba paso a un cierto desencanto con el gobierno militar. Ello abría la expectativa de contradicciones en la base social golpista, que en un futuro cercano sería posible atraer a la pequeña burguesía al campo democrático y quebrar el bloque dictatorial. La declaración de condena al golpe militar que dieron a conocer Tomic, Leighton y Fuentealba, fue un signo alentador. Confiábamos en que la larga tradición democrática de los sectores medios, así como las tradiciones sindicales, la gran politización del campo popular, y el peso de los partidos políticos, serían factores que favorecerían la conformación de un amplio bloque contra el gobierno autoritario. También nos entusiasmaba el repudio mundial contra el gobierno militar y el enorme movimiento exterior de solidaridad con la lucha antidictatorial.

Valorábamos de que a pesar de la represión, el MIR tenía condiciones favorables para imprimirle un carácter revolucionario al movimiento de resistencia. Considerábamos que la caída del gobierno de la UP era la derrota de los reformistas, pero no de los revolucionarios. Era efectivo que las políticas revolucionarias habían ganado una mayor legitimidad en el movimiento popular. Pero hoy creo que nos equivocamos al no apreciar que con la dictadura militar el

movimiento popular en su conjunto, incluido los revolucionarios, habíamos sufrido una profunda derrota histórica.

Fue este conjunto de factores y apreciaciones los que llevaron a la dirección a levantar la consigna "el MIR no se asila" y a proponernos mantener a todos los dirigentes y los militantes en la clandestinidad. Muchas veces me han preguntado si acaso fue una locura, una política errada. Es evidente que esa política fue motivada en parte por una apreciación incorrecta sobre la profundidad de la derrota, así como una subvaloración de la fortaleza política del gobierno dictatorial y su capacidad represiva. También nos equivocamos al creer que podríamos construir en poco tiempo una clandestinidad capaz de proteger al conjunto de nuestro movimiento e impulsar con rapidez un vasto bloque antidictatorial. Pero al mismo tiempo, nuestra opción tuvo una dimensión ética y política correcta. En las semanas siguientes al golpe, la mayoría de los dirigentes de los partidos de la Izquierda tradicional se asilaron por iniciativa propia u orientación de sus partidos. Aunque fuera comprensible que lo hicieran porque no tenían otra forma de evitar la prisión, o incluso la muerte, esto provocó una imagen de desbande y desmoralización en las bases del movimiento popular que no tenía las mismas posibilidades de exiliarse y que se sintieron abandonadas. Ante esa situación pensamos que era fundamental rescatar el ejemplo moral del presidente Allende, que resistió a los golpistas con un arma en las manos, sin abandonar la responsabilidad que le había dado su pueblo. Como el propio Allende se lo había mandado a decir a Miguel, nos tocaba a nosotros continuar esa resistencia, impulsando junto al pueblo y al resto de la Izquierda, la construcción de un movimiento democrático revolucionario capaz de derrocar la dictadura y abrir nuevamente las grandes alamedas de la soberanía popular. Nuestro error fue aplicar la política de rechazo al asilo y de mantener a los dirigentes y militantes perseguidos en Chile como una cuestión de principio estratégico, inflexible, cuando en realidad la correlación de fuerza real y las condiciones represivas exigían manejarse con mayor cautela y flexibilidad táctica. Pero este error no invalida que la decisión del MIR, y también del PC y sectores del PS, de reorganizar desde la clandestinidad direcciones y estructuras partidarias que impulsaran la lucha de resistencia fuera una línea política y moralmente correcta. Hay sectores venidos de la Izquierda que, encantados por las regalías, las concepciones, y las prácticas esencialmente corruptas, oportunistas y manipuladoras que imperan en las alturas del actual sistema político institucional, pretenden justificar sus abandonos desvirtuando la resistencia popular como una visión estérilmente heroica de la política. Ellos no comprenden que no se trata de una concepción heroica, sino que la política revolucionaria además de buscar la racionalidad estratégica y la eficacia táctica, requiere también de un fuerte componente ético, de consecuencia personal y de lealtad.

TACTICA ANTIDICTATORIAL DEL MIR

Con la dictadura militar las clases dominantes abrieron un período contrarrevolucionario. Lograron derrotar (aunque no aniquilar) el movimiento popular y revolucionario en ascenso, desarticular represivamente a las organizaciones de masas y forzar a éstas a un profundo reflujo. Establecieron así las condiciones para iniciar un proceso de reestructuración y consolidación de la dominación oligárquica, y para intentar superar la crisis del modelo capitalista de acumulación capitalista que se arrastraba desde hacía dos décadas. Las condiciones de la lucha habían cambiado totalmente. En diciembre de 1973, a través de un documento escrito por Miguel, la comisión política propuso la nueva táctica del MIR para el período dictatorial.

A esa altura era evidente que el grueso del bloque dictatorial no tenía intenciones de restaurar el viejo Estado democrático burgués que había sido la forma "normal" de representar y consensuar los intereses de las diversas fracciones burguesas y ofrecer un cierto espacio de participación subordinada a los sectores medios y populares. Por el contrario, todo apuntaba a la prolongación del Estado de "excepción", que concentraba en el gobierno castrense la suma de poderes ejecutivo, judicial y legislativo, eliminando toda forma de representación electoral y disolviendo y/o recesando los partidos políticos y las organizaciones sociales, permitiendo así que el proceso contrarrevolucionario fuera encarado con autonomía y de forma expedita, apoyado en la fuerza armada. Esto era necesario no sólo para restablecer una política de superexplotación de los trabajadores e impedir la reemergencia del movimiento popular y revolucionario mediante la continuación del estado de guerra interno, sino también para resolver las contradicciones que comenzaban a aparecer en el propio bloque social dictatorial.

Desde un primer momento todos los partidos de Izquierda coincidimos en que era necesario alentar una amplia política de alianza antidictatorial que atrajera a los sectores sociales y políticos que comenzaban a entrar en contradicción con el gobierno militar, pero concebimos ejes estratégicos distintos para el desarrollo de esta política. El Partido Comunista, sectores del Socialista, del Radical y del MAPU, entendían que el eje de la estrategia antidictatorial de la Izquierda pasaba por rescatar a la burguesía democrática (como caracterizaban ellos al conjunto del PDC y la derecha "liberal"). Para esto debía evitarse las formas de lucha violenta que alejaran a estos sectores.

Justificaban esta política con la caracterización del gobierno militar como una "dictadura fascista". Nosotros diferimos porque, si bien los métodos represivos de la Junta eran tan brutales como los de los gobiernos fascistas europeos, ella carecía de la amplia base de apoyo social obrera, campesina y pequeña burguesa que llevó al fascismo histórico al poder. En el caso chileno las amplias masas populares podían estar golpeadas, desorganizadas, en profundo repliegue, pero se oponían a la dictadura. Incluso crecientes sectores de la pequeña burguesía asalariada y propietaria que apoyaron el golpe, descontentos por las alzas, la desocupación, la falta de libertades comenzaban a distanciarse del régimen. La dictadura se asemejaba más a las "dictaduras gorilas" de otros países latinoamericanos, es decir, gobiernos autoritarios contrainsurgentes que se apoyaban en las instituciones militares como cuerpo, pero carecían de gran apoyo social. Tras esta discusión aparentemente académica, se escondía una diferencia estratégica importante con el PC. Para el MIR el eje de la estrategia antidictatorial pasaba por el desarrollo de un amplio movimiento de resistencia popular que uniera a los sectores populares y atrajera a la pequeña burguesía democrática. No nos oponíamos a la acción táctica conjunta con los sectores de la burguesía que entraran en contradicción con la Junta Militar, pero dudábamos de que estuvieran dispuestos a desarrollar una activa lucha democrática y menos aún unirse en un mismo bloque con la Izquierda. Sólo el avance de la lucha social, política y violenta de las masas contra el gobierno militar lograría arrastrar a la oposición burguesa a una activa lucha democrática. En conclusión, el MIR postulaba que la lucha contra la tiranía militar debía descansar en la fuerza propia del pueblo organizado, el cual no debía sacrificar su independencia, ni dejar de desarrollar todas las formas de lucha, entre ellas la resistencia armada que jugaría un papel principal en el derrocamiento de la dictadura.

Con la implantación del nuevo período contrarrevolucionario la conquista del poder había dejado de estar a la orden del día. Los objetivos programáticos pasaban a ser la lucha contra la represión, por el término del estado de guerra y el restablecimiento de la justicia, por mejores condiciones de vida del pueblo, por los derechos y libertades democráticas, por el derrocamiento de la dictadura y por la convocatoria de una Asamblea Constituyente que garantizan "el derecho de las mayorías a decidir su propio destino". Ello no significaba abandonar nuestros objetivos revolucionarios, pero sí comprender que sólo a través de la lucha democrática podríamos acumular una fuerza estratégica revolucionaria. Dependería de la fuerza popular acumulada que la lucha antidictatorial desembocara en la sola recuperación de una democracia formal, o en la conquista de una democracia revolucionaria sustentada en la construcción del poder popular.

Se alentó como tarea política central el impulso de la unidad de la Izquierda en el desarrollo de la resistencia popular. Se trataba de construir alianzas desde la base, en el marco de la lucha antidictatorial conjunta, y no limitarse a la búsqueda de entendimientos por arriba.

En lo que respecta a las formas de lucha se orientó el empleo flexible de todas. Aunque la represión dictatorial obligaba a darle un peso mucho mayor a las formas ilegales de lucha, no había que despreciar los limitados espacios de actividad institucional y legal que pudieran persistir. Se impulsó la formación de comités clandestinos de resistencia popular, revalorando los espacios territoriales hasta llegar a desarrollar cordones de resistencia por comunas que coordinaran en el futuro las luchas antidictatoriales. En cuanto la resistencia armada, se insistió en el desarrollo de una lucha militar vinculada a las masas, ligada a sus intereses y condiciones concretas, evitando acciones vanguardistas que alejaran a las masas de la resistencia popular.

LA REPRESION SELECTIVA

Al cabo de pocas semanas el gobierno militar constató que con sus operaciones de represión masiva había logrado desarticular las organizaciones de masas y buena parte de los partidos de Izquierda, pero que no había conseguido aplastar al MIR ni al PC, que estaban reorganizándose desde la clandestinidad. Era necesario centralizar una capacidad de inteligencia y acción contrainsurgente que permitiera desarrollar una represión selectiva más eficaz. Pinochet formó la DINA en noviembre de 1973, designando al coronel Manuel Contreras, quien reclutó cientos de miembros de las distintas ramas de las FF.AA. y los concentró en Tejas Verdes para formarlos con la ayuda de oficiales norteamericanos, israelitas y brasileños, en las técnicas de vigilancia, chequeo, arresto, interrogatorio y tortura, infiltración, aniquilamiento y desaparición de personas, contrainteligencia, operaciones psicológicas, etc.

A fines de noviembre de 1973, mi compañera había arrendado con la ayuda de un familiar una casita en La Florida, donde nos fuimos a vivir con nuestra pequeña hija, Pepa, asumiendo personalidades falsas. El fiel y querido James (Patricio Munita), que me apoyaba en las tareas de seguridad, aparentaba ser un hermano de Mary Ann que visitaba la casa. Unas dos o tres semanas más tarde Miguel me pidió que alojara a Van Schouwen en nuestra vivienda porque había tenido que dejar su casa de seguridad. James lo recogió en un punto de contacto y lo trajo escondido en el auto a la casita de La Florida. A pesar de nuestro esfuerzo por convencerlo de que se podía quedar con nosotros todo el tiempo que

fuera necesario, de que era un lugar seguro y que nadie se daría cuenta que estaba oculto en la casa, Bauchi insistía en trasladarse a otro lugar.

Consideraba que era muy arriesgado que dos miembros de la comisión política estuvieran en el mismo lugar. Tanto insistió que James le ofreció llevarlo a la parroquia de los Capuchinos, donde un cura estaba dispuesto a recibirlo. Pero ya con Bauchi en la parroquia ese cura, poseído por el pánico, fue a consultar a su amigo de más confianza, un reaccionario vinculado a los militares, qué podía hacer. Y éste no dudó en faltar a la confianza de su amigo cura para denunciar a los militares la presencia de los "terroristas". La noche del 13 de diciembre los militares irrumpieron en la parroquia deteniendo a Bauchi y a James. Nuestros compañeros fueron brutalmente torturados y asesinados. Ninguno entregó la casita de La Florida donde me ocultaba con mi familia. La caída de Bauchi y James fue un golpe muy duro para todos nosotros, sobre todo para Miguel pues Bauchi, además de haber sido su cuñado, fue su más íntimo amigo y compañero, un verdadero hermano que desde muchacho lo había acompañado en la vida y en la lucha.

La primera caída de un miembro de la comisión política constituyó un alerta, aunque lo valoramos como un golpe aislado, casi circunstancial. Pero a partir de marzo de 1974 recibimos una serie de golpes represivos: Arturo Villabela (se resistió y cayó herido), Roberto Moreno, Luis Retamal, Ricardo Ruz, Catalán, José, Vilo, Paine, y otros militantes fueron detenidos por el SIFA y llevados a la Academia de Guerra Aérea (AGA). Estos golpes no eran ya circunstanciales. Evidenciaban debilidades en nuestra seguridad, pero también la fragilidad de nuestra clandestinidad. En abril fue detenido Víctor Toro. En mayo cayó en Lautaro, junto a seis compañeros, Víctor Molfiqueo (el Manque), dirigente campesino; en Temuco, otro grupo más grande de compañeros fue detenido; y volvimos a sufrir golpes represivos en la capital. Habíamos perdido entre compañeros muertos y detenidos, más del 40% de la CP y del comité central.

En junio, después de una evaluación muy crítica de la situación de seguridad, la CP decidió introducir importantes rectificaciones en nuestra política de construcción clandestina. En primer lugar, concluimos que nos habíamos propuesto un nivel de tareas superiores a las condiciones de nuestra organización, proponiendo reducir el ritmo de actividades y aplicar medidas de seguridad, compartimentación, funcionamiento, comunicaciones, etc., mucho más rigurosas. De hecho, implicaba postergar la retoma de la iniciativa táctica que a través de acciones de propaganda armada preparábamos para el segundo semestre del 74 y realizar en cambio un repliegue interno para construir una clandestinidad más profunda. Acordamos flexibilizar nuestra decisión de mantener la dirección en Chile. Ya en abril habíamos aprobado la salida de Edgardo Enríquez, para hacerse cargo del trabajo exterior. En junio decidimos replegar un tercio de los miembros de la CP y el CC para resguardarlos de la represión, mantener otro tanto en Chile dedicados exclusivamente al fortalecimiento de su seguridad, y sólo un tercio asignarlo a "tareas de choque". Pero lo más importante es que, con la oposición de Miguel, el resto de la CP aprobó su repliegue secreto al exterior. Por decisión unánime, fui designado sustituto del secretario general y responsable de las tareas en el interior.

Se acordó completar las instancias de dirección mediante la cooptación de nuevos cuadros al CC y a la CP, designándose entre estos últimos a Dagoberto Pérez y Hernán Aguiló. También se promovieron al CC compañeros que se encontraban en los campos de concentración, orientando a los militantes presos a que, a través de sus familiares, impulsaran también la resistencia popular. Por

primera vez se planteó desarrollar la lucha antidictatorial a partir de militantes que estaban expuestos a la represión.

Aunque Miguel aceptó formalmente su repliegue al exterior, fue demorando el traspaso de las tareas de dirección. En esos meses nos habíamos trasladado con mi familia a vivir en una parcela en La Pintana. Nuestra fachada era un criadero de gallinas. A Miguel le gustaba visitarnos con mi hija Camila y su hija Javiera, que jugaban con Pepita, mientras nosotros conversábamos sobre los asuntos del partido. Ya habíamos decidido enviar a las niñas al exterior, así que procurábamos gozar lo más posible de su estadía con nosotros. A Miguel le encantaban los huevos revueltos con ketchup. Le divertía ir con las niñas al gallinero a recoger huevos frescos que comería al desayuno. Fácilmente se podía comer siete o más huevos de una vez.

Las readecuaciones de nuestra clandestinidad no lograron resguardar nuestra organización. Durante junio y julio seguimos recibiendo golpes, pero ahora también los asestaba la DINA. El comandante Edgar Ceballos, con autorización de la FACH, intentó aprovechar nuestra difícil situación para negociar la rendición del MIR, ofreciendo la salida de nuestros dirigentes presos y clandestinos al exterior. A principios de agosto decidimos aparentar que aceptábamos abrir negociaciones, exigiendo que se reconociera la detención de nuestros compañeros y se autorizara que fueran visitados por mi madre, Laura Allende, y el obispo Camus, lo que se concretó el 30 de agosto. Logrado este objetivo que hacía más difícil que nuestros compañeros fueran asesinados, el MIR informó públicamente de los propósitos del SIFA, de la constatación con testigos de que nuestros compañeros estaban vivos, y del rechazo a toda negociación con la dictadura.

El 21 de septiembre la DINA logró detener a Lumi Videla. Al día siguiente cayó Sergio Pérez, su compañero. Al subsiguiente cayeron tres militantes del mismo equipo, que por estar encargados de las comunicaciones con los regionales estaban muy vinculados con Miguel. La represión estaba acercándose peligrosamente. Conocían los barrios por donde se movía y posiblemente vivía Miguel, conocían que su compañera, Carmen, estaba embarazada. El 4 de octubre, Miguel llegó temprano a nuestra parcela en La Pintana, para advertirnos que no fuéramos a un punto de contacto a través del cual yo debía asumir tareas de choque. En la tarde Miguel, acompañado de Humberto Sotomayor, asistió a un contacto cerca de la Piscina Mundt donde la DINA los estaba esperando: lograron salir de la trampa a balazos.

EL GOLPE MAS DEMOLEDOR

La DINA venía desde hace días recorriendo los barrios de la zona sur de Santiago donde calculaba que podría ocultarse Miguel. Con una foto de Carmen Castillo iban preguntando en los almacenes y entre vecinos de los barrios. El 5 de octubre, lograron ubicar la casa de Miguel y Carmen en calle Santa Fe. Además de Miguel, allí se encontraban Humberto Sotomayor y José Bordaz. Alrededor de las 13 horas Miguel vio a dos vehículos sospechosos pasar lentamente y alertó al resto de los compañeros para prepararse a abandonar la vivienda. En eso volvió Carmen que realizaba gestiones para conseguir otra casa. Presentían desde hacía días que la casa de Santa Fe ya no era segura. Cuando se dirigían al garage para marcharse, la DINA comenzó a atacar la casa. Cuenta Carmen que Miguel con su fusil AKA respondió abriendo fuego desde una ventana de la sala. Ella lo hizo con una metralleta Scorpio desde la ventana del dormitorio. Sotomayor y Bordaz dispararon desde otras posiciones para abrirse paso hacia la ruta de escape

prevista por el patio posterior hacia casas vecinas. Después de unos minutos, el tiroteo cesó y Miguel le hizo señas desde la puerta para que escaparan por el patio. En ese momento una granada hizo explosión, hiriéndolos.

Ella recuerda que al tratar de incorporarse, sin lograrlo, vio a Miguel tirado en el suelo en el pasadizo que separaba la casa del garage, con la cara ensangrentada, con el fusil en la mano, mirándola con ojos vivos pero respirando con dificultad. Ella, que estaba mal herida, perdió el conocimiento y no supo qué sucedió con Sotomayor y Bordaz. Este último relató posteriormente que Sotomayor, que es médico, le informó que Miguel estaba muerto de un balazo en la cara, y lo instó a escapar por la ruta establecida, lo que ambos hicieron. Carmen recuerda que después recuperó momentáneamente el conocimiento y pudo ver a Miguel parapetado en un muro del garage, con el pómulo ensangrentado, disparando hacia la calle con mucha serenidad. Un gran número de efectivos de la DINA al mando del capitán Krasnoff Marchenko siguieron disparando. A las dos horas de iniciado el combate murió Miguel Enríquez, con diez heridas en el cuerpo, solo frente a sus enemigos, sin rendirse, consecuente con sus convicciones revolucionarias, leal a su pueblo, y mirando con la frente en alto a la historia.

(Continuará.....).

Nota del Editor: El autor con posterioridad no continuó el trabajo.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez",
CEME:

<http://www.archivo-chile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.) Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativos culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

© CEME web productions 2005

